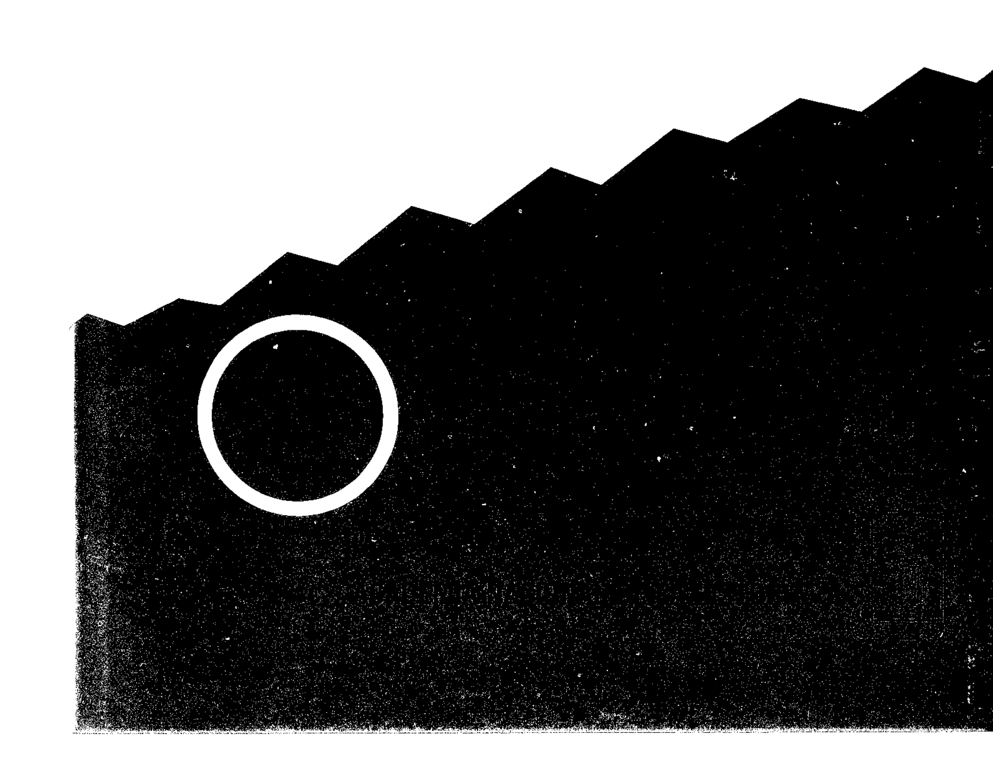
JOHN V. LOMBARDI

VENEZUELA EN LA ÉPOCA DE TRANSICIÓN



ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

JOHN V. LOMBARDI

VENEZUELA EN LA ÉPOCA DE TRANSICIÓN



EL LIBRO MENOR
228
CARACAS / 2002

Caracas, 2002
Traducción:
Judith Berniúdcz Reyes
Germ;Ín Carrera Damas
Impreso en Venezuela por Editorial Ex Libris
ISBN 980-222-957-1
Depósito Legal lf3722002987382

La Invención de Venezuela en el marco del Sistema Mundial 1750-1850

Introducción

Cuando comencé a estudiar formalmente la historia de Venezuela, en 1964, los primeros libros que compré para mi biblioteca fueron los tres volúmenes de la Historia Constitucional de.Venezuela (4a. ed., 3 vols., Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1953-1954). Durante los siguientes treinta y cinco afios han pasado por mi escritorio las obras de muchos otros investigadores venezolanos. Un número considerable: de dlas debidas a distinguidos individuos de esta Academia. Todas estas obras me han llevado a con traer un compromiso perpetuo con la historia de este país. Pero como suele suceder con una fr1erte impresión inicial, la voz calma y ordenada de José Cil Fonoul ha permanecido audible en mi imaginación, cualesquiera sean los temas históricos o la controversia intelectual. En consecuencia, cuando ustedes me honraron invir;índorne a hablarles bajo los auspicim de la Confcrenciajosé Cil Fortoul, sin vacilaciones acepté agradecido.

No comparezco ante ustedes con la expectativa de añadir rnucho a su acervo de conocimiento histórico, sino más bien con la obligación de presentar mis respetos y profonda gratitud, en nombre de José Cil Fortoul, a esta Corporación, a sus individuos de número y a sus colaboradores, cuyo incesante aporte a la historia e historiadores de Venezuela carece de límite. El generoso espíritu de la Academia para con mi propia indagación, con frecuencia escasamente informada, sobre el pasado de este país, nunca ha dejado de sorprenderme; este es un espíritu que se refleja, puedo afiadirlo, a través de la comunidad histórica venezolana. Es pues un honor prestar testimonio, ante ustedes, de la permanente deuda que tengo para con Venezuela, los venezolanos y especialmente los

historiadores venezolanos, por permitirme compartir su labor intelectual y su amor por su país.

Cada uno de nosotros vive en un mundo de nuestra propia autoría, edificado con los materiales proporcionados por nuestras familias, lenguaje, cultura, educación y experiencia, y limitado por el contexto de nuestro tiempo y espacio. Compartimos muchos elementos de nuestros mundos con nuestros amigos, colegas, generación y comunidad, y nuestra visión de ese mundo coincide sólo parcialmente con las visiones que quienesquiera otros tienen. Yo, por ejemplo, que he vivido y estudiado la historia de Venezuela, comparto mucho de mi comprensión con la de mis amigos y colegas venezolanos, pero no vemos el mundo de manera exactamente igual.

Cuando los historiadores tratamos de explicar por qué la gente y sus sociedades se portan como lo hacen, utilizamos muchas estrategias para compensar nuestra inhabilidad para contemplar el pasado o reproducir sus acontecimientos. A diferencia de nuestros colegas científicos, no podemos crear un laboratorio para comprobar teorías históricas del comportamiento humano. Disponemos de materiales complejos e incompletos que admiten muchas interpretaciones diferentes. Rara vez podemos aislar un acontecimiento, manteniendo constantes otros, para analizar comportamientos históricos.

Estas limitaciones explican por qué el historiador practica un arte metódicamente basado en vez de una ciencia rigu-rosa. Nuestra reconstrucción del pasado sirve menos para proporcionar una descripción científica precisa de las cosas como fueron, y más para proporcionar una perspectiva de quienes somos hoy y de quienes podernos llegar a ser mañana. Nuestra selección de las preguntas por hacer, y la manera como las hacemos, determina el enfoque de las respuestas que obtenemos. La mayoría de los historiadores opta por hacerle al pasado preguntas cuyas respuestas esperan que podrán ayudar a sus contemporáneos a enfrentar mejor los retos de hoy.

La esclavitud en las Américas

Para tomar como ejemplo un tema que he trabajado, consideremos el tema de la esclavitud en las Américas. Aunque muchos investigadores latinoamericanos se han ocupado de aspectos de la Trata, del funcionamiento del sistema esclavista yde los procesos de manumisión y abolición, una notable serie de contribuciones a la historiografía sobre la esclavitud y los conflictos raciales en América Latina proceden de los intensos enfoques de los investigadores de los Estados Unidos sobre estos temas. Historiadores, economistas, anrropólogos, especialistas tanto en historia de los Estados Un idos como de América Latina, junto con expertos en historia europea, todos se han ocupado de la cuestión de la esclavitud en las Américas.

¿Esto se debe a que la esclavitud representa en América Latina la institución social, política y económica fundamental ele los imperios español y portugués y de las rcpüblicas cid Siglo XIX? No propiamente. La preocupación de la comunidad intelectual de los Estados Unidos por la esclavitud alentaba la esperanza de que la experiencia latinoamericana, apropiadamente entendi<b, podría clarificar un dilema económico, social y político ele los Estados Unidos. Estos no han reconciliado su experiencia histórica como sociedad esclavista con su traum;ítica crisis nacional de la Guerra Civil, o con una Frade Reconstrucción que dejó la nación con una continua y aun incompleta lucha para construir una sociedad racialrnente neutra. lrnposibilitados de comprender plenamente su lugar en la historia mundial, en el contexto de su propia experiencia con d sistema esclavista, los historiadores ele los Estados Unidos miraron hacia los latinoamericanos en búsqueda de comprensión y perspectiva. Sin embargo, el florecimiento de esta indagación coincidió con la reactivación de la discriminación racial como un fundamental determinante social, político, económico



y moral de la auto-imagen nacional de los Estados Unidos, a fines de loa años 1950 y especialmente en los años 1960 y 1970, proceso que continúa[1].

La necesidad de refractar retos nacionales presentes a través de la estructura cristalina de la experiencia latinoamericana, demuestra el poder de la imaginación histórica para establecer puntos de referencia con el fin de entender el presente y evaluar el significado de futuras oportunidades. Por supuesto que no repetimos nuestras historias, pero aprendemos de nuestra experiencia, y la acumulación de análisis históricos proporciona la experiencia supletoria que conduce a la sabiduría[1].

El reto de la globalización

Una cuestión similar se plantea hoy para América L1tina, donde retos políticos, económicos y sociales nos comprometen en al fenómeno denominado globalización. Para los hispanoamericanos ésta no representa una nueva cuestión sino la reformulación de una vieja cuestión. Desde el descubrimiento y la conquista de América, a fines del siglo XV y comienzos del XVI, la que hoy llamamos Hispanoamérica ha sido una participante esencial aunque subordinada de todas las muy amplias y multinacionales o transnacionales estructuras económicas del comercio y el intercambio europeos. España y América tuvieron éxito en virtud de un complejo sistema atlántico montado en beneficio de los intereses económicos y políticos de la corona española. La independencia política, al igual que los subsecuentes reajustes realizados por las repúblicas hispanoamericanas independientes durante el siglo XIX, procedieron de la reorganización de ese comercio atlántico. El curso del Siglo de transición entre 1750 y 1850 traza la reconfiguración de la participación hispanoamericana en esa economía



atlántica, primeramente en el contexto de imperio español y luego sobre la base de las repúblicas independientes autónomas. Un siguiente ajuste vino con el surgimiento de las empresas industriales y comerciales multinacionales o transnacionalcs, luego de la Segunda Guerra Mundial. La versión actual de estos procesos, la globalización, produce una economía mundial que reta a los hispanoamericanos y muchos otros para que encuentren un lugar económicamente aceptable y culturalmente identificable en este expansivo espacio económico y comercial.

En las Américas, cada generación procuró el modelo apropiado y el adecuado contexto intelectual, para informar y apoyar su esfuerzo destinado a incrementar las oportunidades, y minimizar los riesgos, en el marco de estas reconfiguraciones de la economía mundial, con sus muchas variaciones concomitantes. Si bien las cuestiones de política y práctica económicas dominaban la temática del lugar que le correspondía a Hispanoamérica en estas estructuras globales, muchos observadores se preocuparon también por la tendencia de las fuerzas económicas globales a desenfocarlas, si no a borrarlas, las distinciones de espacio, nacionalidad, lengua y cultura que identifican la unicidad de cada nación.

Aunque frecuentemente concebimos la competencia global por ventajas económicas como expresión de las políticas económicas competitivas de países, y de las acciones de sus respectivos nacionales, la gran movilidad del capital, el comercio y la producción, y los intereses y comportamientos internacionales de individuos, familias y firmas, hacen que el propio sistema atlántico o global sea un competidor. Dos conjuntos de reglas gobiernan las oportunidades y los riegos en este juego. El primero consiste en reglas locales, en cada jurisdicción nacional. Estas reglas restringen o protegen las oportunidades económicas de individuos y firmas que operan dentro de la jurisdicción de una nación. El segun-

do conjunto de reglas rige el flujo de capital, talento, intercambio y producción entre naciones en procura de beneficios siempre más altos de las inversiones. Por lo general este segundo conjunto de reglas es menos formal y codificado. Sin embargo, crea los determinantes primarios de la economía global en el seno de la cual vive la economía nacional.

La característica primordial de este segundo conjunto de reglas es que refleja las prácticas más competitivas, exitosas y ventajosas extraídas de todas las economías locales participantes. A medida que varios países crean nuevas o mejoradas ventajas comparativas, las innovaciones se convierten rápidamente en las características definidoras del mercado global. Si los metales preciosos y las economías imperiales controladas y gerenciadas burocráticamente producen prosperidad económica, todas las naciones se organizan para competir en un contexto definido por esta ventaja comparativa. Cuando innovaciones en el intercambio y el comercio, en agricultura y tenencia de la tierra, y en la organización del trabajo, crean un nuevo conjunto de ventajas comparativas, éstas se convierten en los criterios válidos para todas las economías nacionales que compiten en la economía atlántica o global.

Las naciones tratan de manejar las consecuencias de tales cambios. Dependiendo de cuan cerca esté su propia situación económica de un surgente conjunto de reglas atlánticas y de un cambio del balance de ventajas competitivas, las naciones usan todos los medios de que disponen para acelerar o retardar el impacto de las transformaciones internas requeridas para triunfar en la competencia internacional. Guerra, inversión, impuestos, desarrollo económico, tratados, inmigración, reforma agraria, política social, revolución política, reforma legal y comercial, la lista no tiene fin y las combinaciones varían según las oportunidades y los recursos disponibles en cada ámbito económico nacional.

En un mundo ideal, las naciones pueden reajustarse rápi-

<lamente en el ámbito competitivo para maximizar su habilidad para obtener la mayor ventaja posible dentro de las nuevas reglas globales. En la realidad las naciones no pueden responder de manera tan teóricamente óptima. En los estadios iniciales de un cambio, las naciones pueden no reconocer la naturaleza de las nuevas reglas. Intereses internos pueden ofrecer resistencia a un cambio que, si bien puede resultar óptimo para la nación en el largo plazo, puede seguramente perjudicar a algún subgrupo tradicional y políticamente poderoso. Es posible que la geografía y los recursos materiales de la nación no provean una base firme para la nueva competencia. La estructura nacional burocrática e institucional, adecuada para participar en la competencia precedente, podría no tener la destreza o el conocimiento para encarar el cambio o respaldar las nuevas ventajas comparativas. Por último, la economía nacional podría no generar suficiente excedente económico para costear el cambio sin perturbar el equilibrio político y social interno.

Como sucede en todos los procesos históricos, importa la secuencia. Las naciones primeras en adaptarse a cualquier nueva regla atlántica o global, tienen ventaja, y las que vengan después tendrán que invertir más para equipararse. Las naciones cuya economía interna se ajusta más a la nueva ventaja comparativa del sistema atlántico, se adaptan más rápidamente y a menor costo que aquellas cuyas economías nacionales funcionan a mucha mayor distancia de las nuevas pautas. Las naciones que las adoptan tempranamente tienen una doble ventaja: se benefician de haber sido las primeras y se adaptan a menor costo porque tienen menos que cambiar [2].



El siglo hispanoamericano de transición, 1750-1850

Pocos periodos históricos ilustran con más claridad estos patrones que el Siglo de transición hispanoamericano, 1750-1850. Si bien mucho podemos aprender mirando este siglo en una perspectiva atlántica, europea o española, es el ajuste hispanoamericano a estos cambios del sistema atlántico lo que nos interesa primordialmente, y en esta perspectiva tenemos especial interés en la historia de Venezuela.

Entre 1750 y 1850 Hispanoamérica emprendió con creciente intensidad un diálogo crítico con una economía atlántica en expansión. Lo que en siglos precedentes fue un sistema económico español razonablemente ordenado y coherente, conducido según reglas y regulaciones al igual que por las fuerzas de la competencia y el comercio, se volvió parte de una economía de mercado crecientemente competitiva, orientada hacia el libre comercio, impulsada por las crecientes actividades comerciales y productivas o industriales, de los principales participantes atlánticos. Hispanoamérica luchó por encontrar un lugar en este surgente sistema mundial, primero corno parte integrante del ajuste del sistema imperial de intercambio hisp;ínico hecho por los reformadores Borbones del Siglo XVIII. Este ajuste continuó a través de las transformaciones, más costosas social y económicamente, de la independencia y la subsiguiente reconfiguración de Hispanoamérica en entidades republicanas políticamente autónomas.

Cuando los historiadores se ocuparon inicialmente de estos cambios ocurridos en Hispanoamérica, los vieron como un ensayo de construcción nacional, y entendieron los cambios como parte de un amplio proceso mundial de autoinvención nacional y autodeterminación. En Hispanoamérica y fuera de ella vieron los movimientos que comenzaron en 1808 y prosiguieron a lo largo de los 1820 en la mayor parte del antiguo imperio español, como una línea



divisoria entre un pasado imperial español unificado y un futuro multinacional republicano. Sin embargo, incluso con esta visión la mayoría de los historiadores reconocieron la tensión entre el nuevo republicanismo nacional y los perdurables elementos de la sociedad v la economía colonial españolas. Ciertamente, la cuestión de "continuidad y cambio" se volvió un tema popular de explicación histórica.

Posterior investigación sobre esta era prestó más atención a los elementos de continuidad de una cambiante estructura que abarcó la transformación política de la independencia, incluyendo tópicos tales como:

- la relación entre la tierra y el trabajo;
- el papel de la familia y de las familias extendidas;
- la persistencia de las sociedades e identidades aborígenes americanas;
- el prolongado proceso que condujo a la definitiva abolición de la Trata y la esclavitud;
- la continuidad de las economías basadas en la exportación de productos primarios;
- y la consolidación de las formas nacionales en tomo a las entidades organizativas coloniales españolas.

Un subtexro de esta más amplia indagación busca la definición de la identidad nacional en Hispanoamérica a través del Siglo de transición. La büsqueda de identidad reconoció que la herencia española ya no servía al propósito de nacionalidad, y la necesidad local de estrategias de maximización para competir en la economía atbntica requirió nuevos mitos nacionales. Para muchos observadores extranjeros, las notables similitudes de lenguaje y cultura, y el profundo impacto de tres a cuatro siglos de régimen imperial espaf1Ol, avasallaron las distinciones subrayadas por los múltiples discursos nacionales hispanoamericanos. Esto quizás reflejó la miopía de los observadores extranjeros, para quienes importantes distinciones desaparecen en el poco familiar escenario de otra cultura:\

Para los hispanoamericanos los años que condujeron al momento de la independencia, y los que siguieron a la invención de las entidades nacionales, reflejaron un constante ajuste fimcional del sistema colonial español original acompañado por un debate acerca de la estructura ideal para entroncar con la evolución de la economía atlántica. En los esfuerzos por reestructurar el imperio español durante las reformas borbónicas, a través del conflicto de la independencia, y en los debates nacionales de las generaciones post-independencia, los hispanoamericanos reconfiguraron la base teórico-política y los arreglos operativos para su inserción en el mundo atLíntico.

Este debate comprometió a Hispanoamérica en diversos niveles. 1crratenientes, clero, trabajadores, campesinos, esclavos, vaqueros, pequeños empresarios y comerciantes tenían, todos, intereses que reclamaban que se les prestase atención. El sistema imperial español había refrenado los mültiples y frecuentemente conflictivos intereses de estos y otros grupos, enmarcándolos en una estructura económica y social manejada burocráticamcnte y definida legalmente. Pero las reformas borbónicas abrieron y somt::tiero11 a revisión muchas controversias prt::viamente zanjadas. Compañías monopolistas corno la Compañía Cuipuzcoana de Caracas, establecieron nuevas relaciones que conectaron a productores, labradores, comerciantes, exportadores, y autoridades políticas internas, con el mundo comercial atLíntico. Nuevos agentes políticos, principalmente los intendentes, pero incluyendo el personal militar muy aumentado en fortalezas y cuerpos armados, retaron la autoridad de burócratas tradicionales y elites locales, creando jurisdicciones superpuestas, reduciendo las posibilidades de control local e introduciendo nuevos canales para la resolución de conflictos. Nuevas jurisdicciones territoriales, tales como los virreinatos del Río de la Plata y Nueva Granada, o la Audiencia y Capitanía General de Venezuela, crearon oportunidades para ventajas y autodefinición locales, y al mismo tiempo reacomodaron patrones de autoridad y responsabilidad burocráticos, políticos y económicos.

Estos cambios crearon tanto oportunidades como conflictos en la estructura imperial espafíola. Si bien las reformas mejoraron el control y funcionamiento del sistema español, generaron un amplio espectro de conflictos basados en nuevas oportunidades y perdidos privilegios. Si bien las reformas borbónicas incrementaron la recaudación de los impuestos e impulsaron la efectividad del intercambio con mercados atlánticos, también crearon una demanda de mayor intercambio y el reconocimiento de otras oportunidades, no hispánicas, ofrecidas por el sistema atlántico. Las reformas españolas del siglo XVIII bien pudieron incrementar el movimiento económico dentro del m:Ís amplio sistema español, pero los sistemas locales americanos frecuentemente vieron restringirse sus oportunidades. Muchos miembros de las comunidades locales ofrecieron resistencia a las reformas y mejorías de la Era borbónica, m uchas veces porque España centralizó el control reduciendo la inAuencia local t:n las dt::cisiones políticas (mediante la política de designar peninsulares para cargos locales) o porque España redujo las oportunidades económicas al aumentar los impuestos y reducir el contrabando. Como siempre sucede con los cambios en la distribución del poder y la autoridad, las oportunidades para un grupo significaron pérdida para otro".

La perspectiva americana

La articulación de una perspectiva americana acerca del imperio español durante las postrimerías del período colonial fue la continuación de una larga tradición americana. Desde el comienzo mismo los primeros conquistadores insis-

tieron en sus derechos locales y privilegios, y retaron toda real o supuesta amenaza a su control y usufructo de la gente y los recursos de América. Ciertamente, mucho de su notable lealtad a España nació del reconocimiento de la capacidad del sistema imperial para estimular la ambición local y garantizar la perdurabilidad de sus logros. Fundamentales diferencias entre intereses locales y requerimientos administrativos y económicos del vasto imperio español comenzaron en el Siglo XVI con la distribución de encomiendas y continuaron a lo largo de los siglos de régimen español.

Los numerosos investigadores que han estudiado la naturaleza de estos conflictos, y su carácter cambiante con el tiempo, proporcionan un contexto que permite ver estos tratos como parte del extraordinario éxito de España en implantar una efectiva máquina económica extractora en Hispanoamérica. En el transcurso del período colonial los intereses locales americanos discutieron con los burócratas imperiales españoles sobre el margen de beneficio de cste sistema que podría quedarse en América. Esta permanente controversia sirvió como un mecanismo para guiar el desenvolvimiento de la política española, de tal manera que el insaciable apetiro de la Corona por recursos de América 110 habría de destruir la capacidad de América para prosperar en nombre de España.

Esta diferencia de enfoque sobre la distribución de las gan:mcias de la nüquina económica extractora imperial española, al igual que otras disputas sobre la amplitud y las actividades económicas permitidas en América, no representan un ataque a la estructura del sistema, sino m:ís bien una polémica acerca de los detalles de su implementación. Gracias a la eficacia de una competencia refrenada y controlada, España tuvo éxito en la creación, ajuste y preservación de su máquina extractora durante más de tres siglos, hasta que la máquina pasó a ser propiedad local con la independencia.

El discurso de los hispanoamericanos acerca de sus circunstancias económicas y las estructuras políticas y sociales que las sostenían se centró primeramente en cuestiones de ajuste técnico, hasta que las circunstancias crearon, a comienzos del Siglo XIX, una oportunidad para llevar la controversia mucho más lejos, usando políticamente un modelo nacional independiente derivado de los ejemplos económicos y políticos atlánticos. Antes de la independencia la controversia acerca del manejo de la m:iquina extractora se realizó en el contexto de una larga y compleja tradición burocrática imperial española; después de la independencia se intentó adaptar la moderna teoría económica y política internacional a las circunstancias locales y generar un rápido cambio económico [5].

El incierto éxito de Hispanoamérica en elaborar y proveer una dcctiva tradición de funcionamiento burocrático, para reemplazar la versión imperial española, indicó entre otras cosas una inadecuación entre la lógica de los usos económicos y políticos atlánticos y los requerimientos de la máquina extractora colonial española, la cual produjo la riqueza de la elite y sostuvo su poder. Una economía más o menos libre, abierta y empresarial, corno la implicada en la agresiva ideología comercial y empresarial del capitalismo de inicios a mediados del Siglo XIX, amenazaba seriamente la base económica, política y social de muchos miembros de la elite local hispanoamericana.

Pero la estructura m:ís amplia de la economía mundial brindó pocas oportunidades para la consideración de una refacción mayor de la máquina imperial española, incluso en el supuesto de que procurase realizarla. Esta máquina, debilinda en muchos lugares de América y considerablemente daflada en muchas regiones por la prolongada guerra y la desorganización social resultante de las décadas de la independencia, tenía escasa capacidad para soportar una amplia reestructuración. Anees bien, su debilidad privó a los hispanoamericanos de los recursos necesarios para reem-

plazarla por una máquina económica más competitiva. Procurando el más rápido y alto rendimiento de las existencias de recursos naturales y humanos, los hispanoamericanos continuaron operando, manteniendo y modificando esa máquina colonial para la extracción y exportación de bienes primarios al mercado mundial. En algunos lugares de América, un giro en la demanda mundial creó oportunidades para lograr una substancial prosperidad local siguiendo este método, particularmente en Cuba con el azúcar, acontecimiento que demoró la independencia y la abolición de la esclavitud en esa región durante dos generaciones. En países como Venezuela el auge del café, junto con el mantenimiento de la tradicional producción de cacao para la exportación, cambió algunos de los focos regionales de prosperidad económica e impulsó el surgimiento de nuevos grupos de la elite. Sin embargo, casi nada cambió de la estructura cxtractiva y exportadora de productos primarios de la economía.

En os debates durante el período post independencia immedlato, hasta los años 1850, vemos barajarse estas cuestiones a medida que diversas facciones de la elite procuran controlar el funcionamiento y el manejo de la máquina extractora en beneficio propio[6].

La empresa Venezuela a finales del Siglo XVIII

Como en muchos otros tópicos históricos hispanoamericanos, la historia de Venezuela ofrece un ejemplo notablemente útil. En la procuración de la transición desde la condición de puesto avanzado económico imperial español a la de participante en el mercado atlántico, la experiencia de Venezuela es un ejemplo particularmente instructivo de la gama de respuestas disponibles durante este crítico período. Venezuela participó de la manera más completa en el proceso de reajuste, desde las transformaciones causadas por

las reformas borbónicas hasta la creación de una república constitucional independiente vinculada con una red atlántica de intercambio y producción. Es más, su estructura económica y la relativa claridad de su trayectoria histórica hacen que su historia sea más transparente que historias equivalentes basadas en sociedades mucho más complejas y estratificadas como, por ejemplo, las de Nueva España y Perú.

Como sabemos, Venezuela es ella misma un producto del nuevo sistema global de intercambio y producción que surgió entre las naciones atLínticas en la segunda mitad del Siglo XVIII. Las diversas respuestas de España a estos c mbios incluyeron b consolidación de jurisdicciones y funciones alrededor del núcleo administrativo de Caracas como ciudad central, simbolizado por la creación de la Capitanía General, la Audiencia, y el Arzobispado de Caracas, en el último cuarto del siglo. La naturaleza dirigista y burocrática de la respuesta imperial española al cambio económico se advierte claramente en la formación de Venezuela, cuya ciudad central, Caracas, ocupa un atractivo pero poco adecuado espacio geogdfico tras la barrera montañosa de la Cordillera costanera central. No accesible por su propio puerto ni por ríos navegables, Caracas emerge no obstante en el centro de la historia de Venezuela como un artefacto montado para servir a la operación de la máquina extractora colonial española. Caracas, en vez de Coro, Maracaibo o Cumaná, se convirtió en el centro de Venezuela, con la infraestructura burocrática y reguladora de una ciudad central porque su ubicación redujo los problemas de control y manejo de esta economía extractiva, y facilitó la defensa de una región con una larga costa caribeña y adántica[7].

La historia de Venezuela en el Siglo de transición ilustró muy claramente los múltiples esfuerzos de la administración española para estimular y ajustar el funcionamiento de la máquina extractora española a los retos planteados por el nuevo sistema económico atlántico, que surgía rápidamen-

te durante este período. Separada del centro neogranadino establecido en Bogotá, y reorientada su estructura económica y político-burocrática, Caracas y su Venezuela cambiaron su vínculo y orientación primarios hacia la economía mundial, alejándose así de un centro colonial hispánico geográficamente distante, y buscando una conexión más directa establecida localmenre siguiendo la ruta Caracas-La Guaira-Mar Caribe.

Venezuela proporcionó el ejemplo clásico de la política económica borbónica, dirigista y gerenciada a través del foncionarnien to de la monopolista Compañía de Caracas, empresa eficaz aunque no generalmente admirada. El monopolio vasco transformó el negocio del cacao y vigorizó la dependencia de la región de la burocr:íticamente manejada exportación extractiva de ese producro primario. Los "grandes cacaos" de prosapia caraqueña deben su nombr a la exportación de cacao, base de h elite local y de la creciente dependencia de la prosperidad de esa elite del funcionamiento de una comunidad atlántica de intercambio en la que carecía de influencia.

Tiene una significación aún mayor el que la Compafüa de Caracas y los diversos cambios en los procedimientos burocráticos y estructuras, limitaron la capacidad de los productores establecidos en Venezuela para competir directamente en el mercado atLíntico, respondiendo rápidamente a las oportunidades constantemente cambiantes que ofrecía. Uno de los mecanismos clave del intercambio atlántico local directo, el contrabando, decayó gracias al celo de la Compañía de Caracas y de las recién f()rtalecidas autoridaces coloniales. Estos cambios hicieron arraigar aún más profundamente, en el funcionamiento económico de Venezuela, la convicción de que las reglas económicas primarias para la prosperidad no procedían directamente de la competencia internacional ele los productores en sus propios mercados, sino m;Ís bien de las regulaciones burocLÜicas

españolas. Estas reglas reflejaban no sólo la realidad del mercado sino también los intereses imperiales y dinásticos del monarca español. Por añadidura, debido a su organización misma las normas económicas burocráticas que regulaban el comercio venezolano, el intercambio y la producción demostraron rigidez, baja disposición al cambio, y el ser esencialmente incapaces de responder adecuadamente a los cambios del sistema atlántico. Ciertamente que nada ilustra más claramente este sistema que la historia de la Compañía de Caracas, una organización tan incapaz de contemplar los intereses locales tlue fúe necesaria la rebelión de Juan l rancisco de León, en 1749, para inducirla a cambiar sus procedimientos con el fin de ayudar a los productores venezolanos a competir en mercados atlánticos[8].

La transnacional imperial española

Concebir el imperio cspaíl0l corno una firma vasta, global y diversificada ayuda a la comprensión de la relativa desventaja de Hispanoamérica en la nueva economía atlántica. Tal firma, integrada verticalmente, estrechamente controlada y gcrenciada de manera centralizada, dominaba su espacio económico y controlaba un amplio espacio geográfico. Sin embargo, con el tiempo declinó la efectividad y la idoneidad de ral sistema, en parte porque su éxito creó una empresa mucho mayor de lo que su tecnología podía administrar de manera centralizada.

Tanto Espaíla como sus gerentes locales en América sabían lo que tenían que hacer, como lo indican las constantes solicitudes de información (informes de Hacienda, visitas, residencias, relaciones geográficas, censos e inspecciones especiales) y los continuos esfuerzos reorganizativos. Sin embargo, España fracasó en el intento de transformar su modelo económico-burocrático centralizado (un modelo

que pretendía controlar todos los aspectos de la empresa) en una empresa descentralizada capaz de responder a un sistema atlántico más fluido y volátil.

Por consiguiente, las reformas borbónicas representan una aproximación dual y contradictoria al cambio económico ocurrido en el Siglo XVIII. Por un lado, crearon nuevas jurisdicciones o sucursales de la vasta empresa española, con fortalecida autoridad local y mayor acceso a los mercados mundiales. Por el otro, incrementaron la dirección y el control centrales de la empresa económica. Esta contradicción interna, combinada con infraestructuras informativas y administrativas incapaces de gerenciar centralmente una empresa tan compleja y de tan vasta escala, generaba constantemente conflictos entre los intereses locales e imperiales. El sistema los resolvía de manera tan lenta e inadeetlada que la islocación internacional de 1808 rompió, con relativa rapidez, la cadena de autoridad que mantenía a L: fitm_a imperial española corno una organización con gerenCla url1ca.

Aunque la independencia liberó a Venezuela de la dirección centralizada de España, no resolvió el problema econón_lico de la región. Podemos imaginar la independencia, ut1ltzando un poco más la analogía empresarial, como la desordenada y costosa quiebra de una corporación. Quiús sea c) 11parable con la disolución de la Arnericmz Jc,fep hune rznd lelegrp h en 1984, y la creación de una serie de Ba by *Bellso* empresas regionales. En Hispanoamérica la disoh;-ción de la corporación transnacional que denominamos imperi? español dio paso a una serie de empresas económicas regionales, poseedora cada una, en el momento de la disolución de la corporación, de un conjunto de activos locales, administradores y estructura administrativa.

Ciertamente que la disolución de una empresa como la *ATT* areció del d ama y la destrucción generados por las guerras h1spanoamericanas de independencia, proceso ocurrido

en su contexto contemporáneo y con los instrumentos disponibles. Estando ausente una normativa legal o una infraestructura internacional de más alta autoridad que las partes enfrentadas durante la independencia, la violencia se convirtió en el extremo arbitrio humano. La versión local venezolana de este vasto conflicto eventualmente zanjó dos significativas cuestiones. Emancipó a Venezuela de la adminis-tración corporativa de la fi'ma internacional española, y casi al mismo tiempo fijó los límites locales de la corporación venezolana en relación con las demás entidades regionales resultantes de la disolución de la firma imperial española.

El principio seguido en todas partes de Hispanoamérica rezaba que los límites de las separadas entidades corporativas, creadas a partir de la rransnacional española, habrían de ser determinados por una combinación de dos fuerzas. En primer lugar, la organización burocrática que tenía la corporación española en 1808-181 Q En segundo lugar, la capacidad de la organización local para manejar la empresa reivindicada a través de las limitaciones determinadas por la geografía. Siguiendo estos principios, Venezuela participó en el esfuerzo común para disolver la empresa española, y luego triunfó en su propósito de definirse separadamente de Colombia, pero conservando el control corporativo sobre sus propias periferias hacia el Este y el Oeste, con algunas líneas limítrofes vagas e irresolutas hasta el presente.

La comprensión de la independencia hispanoamericana que enfoca el proceso como la disolución de una firma transnacional, en el marco del esfuerzo por comprender la estructura fundamental del Siglo de transición, minimiza cierto número de cuestiones significativas. Podríamos preguntarnos: ¿dónde quedaría en todo esto lo heroico de las guerras de independencia, las dramáticas confrontaciones que portan los nombres de gente extraordinaria y los acontecimientos?También: ¿dónde está el reconocimiento del precio pagado en vidas y bienes? ¿Dónde están las ideas y las

constituciones? ¿Dónde quedan en esta incruenta dinámica las luchas de esclavos y pardos, llaneros y peones, por forjarse un futuro mejor?

Como siempre sucede en toda transformación económica, aparecen oportunidades, caen obstáculos para *el* avance, se debilitan *los* controles que definen la elite y la no-elite y algunos desaparecen. Los participantes que asumen estos cambios corren grandes riesgos con los bienes que poseen, que incluyen sus vidas, riquezas y familias. Los participantes saben que los viejos paradigmas se han vuelto inservibles, saben que existen mejores explicaciones del progreso de los acontecimientos humanos, y procuran el conocimiento que colocaría *los* cambios ocurridos en torno suyo en un marco intelectual coherente capaz de guiar hacia acciones exitosas.

Los venezolanos no buscan la independencia y la disolución del imperio español en sí mismas, sino m;ís bien por los beneficios materiales que la disolución puede acarrear. Libertad, gobierno republicano, constituciones, tratados internacionales y nuevas regulaciones económicas. Estas cosas las buscan los próceres porque creen que sus vidas y oportunidades resultarán favorecidas. Nadie participa voluntariamente en un proceso revolucionario costoso y !!eno de *riesgos* sin la expectativa de algún beneficio. Los esclavos se unen a Boves con la esperanza de libertad, al igual que se unen a Bolívar cor la misma meta. Los patriotas producen constituciones cuyo objetivo es la invención de un nuevo régimen legal que, al reemplazar la versión española, elimina obstáculos a la prosperidad económica. Esperan hacer esto sin aumentar su riesgo persona! (y en esto suelen equivocarse).

Porque los venezolanos tienen muchos intereses frecuentemente contradictorios, nunca es generalmente aceptado el adecuado curso de acción, y durante los años finales de este Siglo de transición los venezolanos libran un contencioso y no siempre pacífico debate acerca de la forma definitiva que debe asumir la recientemente independizada

corporación venezolana. No obstante, en este esfuerz creativo los venezolanos, al igual que sus contrapartes hispanoamericanas en otras regiones, encuentran que es difícil identificar el modelo que mejor se adapta a su historia y a la permanentemente evolutiva economía atlántica[9].

La empresa venezolana

A través de los años 1830 a 1850, que concluyen el Siglo de transición, Venezuela vio limitarse sus oportunidades y opciones. Mientras que en_teor(ayu l imaginar la ex1 1-sión de su economía y la d1vers1ficac10n de su producuon para competir en los mercados atlánticos, en la pdctica este escenario no representó una razonable alternariva. La :cn-taja comparativa de Venezuela, como resultado de su !ustoria, reside en una agricultura de exportacicín.

La letanía de los retos enfrentados por le nueva firma Venezuela, en su competencia con otros productores concurrentes en el mercado adán rico, aparece una y otra vez en los análisis penetrantes y clarividentes puhlica los en los periódicos contemporáneos, en documentos ohc,alcs,_ n estudios especiales y en relatos de v1a¡eros. Una poblac1011 demasiado escasa, utu base agrícola demasiado estrecha, una infraestructura pública demasiado precaria, instituciones financieras demasiado fdgiles, una burocracia gubernamental demasiado ineficiente, y un proceso político demasiado oneroso, completan la lista. La elite política del p ís, directores de la firma Venezuela, propuso muchas solu c10-nes para estos problemas. Inmigración y legislación laboral; publicaciones y debate sobre técnicas para mejorar las c s - chas y tecnología avanzada para incrementar la product1v1-dad agrícola; innumerables estudios y proyectos para construir caminos y puentes; leyes e instituciones sobre crédit_o y banco y una prolongada discusión sobre los censos rell-

giosos; indemnización por esclavos manumitidos y eventualmente liberados junto con la distribución de tierras públicas; y una constante atención para revisar leyes e instituciones con el fin de mejorar el funcionamiento de la burocracia gubernamental, testifican de la preocupación y creatividad de la primera generación de dirigentes de Venezuela.

Pese a todo esto fue imposible para los venezolanos cambiar el modelo básico de la economía y el gobierno de su país, por mucho que entendiesen cuan necesario era hacerlo. Aunque pudieron cambiar la estructura organizativa formal, desde la condición de sucursal imperial a la de firma independiente competitiva, el modelo funcional hispano básico permaneció intacto durante el Siglo de transición. En este modelo el país es una firma dirigida por el gobierno y gerenciada por una burocracia nacional. La burocracia sirve para manejar la firma sCgÜn la dirección del gobierno, y cuando falla el funcionamiento de la firma los accionistas cambian el gobierno, con la espt'ranza de que la burocracia sCa más eficaz bajo nueva dirección. Este modelo se funda en la CIT-encia de que gobierno y burocracia constituyen la firma, Cn vez de la expectativa ck que gobit'rno y burocracia cread.n reglas que apoyen el cfosarrollo de firmas indC:'pendientes en el territorio nacional. Esta CS una distinción fundamt'ntal, porque es una característica del modelo español que el gobierno sea responsable del éxito económico del país, y dirija las actividadC:'s que habrían de conducir al éxito. Individuos y firmas puedC:'n beneficiarse, crear empresas y procurar oportunidades, pero lo hacen como parte de la firma nacional no como independientes corredores de riego. Según el modelo español heredado por Venauela, el fracaso del sistema representaba el fracaso del gobierno, no el fracaso de individuos y sus empresas. Como resultado de esto los venezolanos proponían soluciones centradas en la iniciativa del gobierno más que en capacitar a individuos y sus firmas para competir en el mercado mundial.

La adaptación de la firma local al mercado mundial

A medida que el Siglo de transición concluía se hizo más claro que, infortunadamente, la firma Venezuela carecía de las dimensiones y el mercado suficientes para poder influir de manera significativa en la comunidad atlántica de intercambio, y carecía de la prosperidad económica y el excedente de riqueza necesarios para costear un cambio fundamental de su economía interna. Consiguientemente, los venezolanos se transaron por seguir un curso óptimo en fi.mción de sus recursos. Se esforzaron en adaptar la máquina colonial de exportación del país a los requerimientos del mercado mundial, y organizar su gobierno e instituciones para respaldar las necesarias interacciones con tal mercado.

Pocas controversias ilustran mejor este proceso que el enfrentamiento acerca de la famosa Ley de 1Ode abril de 1834. Esta Ley fue aprobada cuando la economía venezolana experimentaba un período de prosperidad, estimulada por la estabilidad del gobierno, la paz relativa y los altos precios del café. Diseñada para resolver la carencia de capital de inversión y alentar el influjo de fondos extranjeros, virtualmente garantizaba a los prestamistas el completo control de los términos de los préstamos y sobre los procedimientos para resolver los casos de insolvencia. La mayoría de los préstamos financiaban la expansión de loa cultivos de café y beneficiaban a la elite agrícola. Los fondos prestados procedían sobre todo de casas comerciales extranjeras que negociaban con café en el mercado mundial, y contaban con el apoyo de la elite venezolana relacionada con ese comercio.

Cuando los precios del café cayeron, a finales de los años 1830 y comienzos de los 1840, muchos agricultores de la elite se encontraron en serias dificultades financieras. Habiendo tornado préstamos comerciales a corto plazo y muy altas tasas de interés, para expandir sus haciendas cafetaleras, la caída de los precios de exportación les impedía sal-

dar los intereses o el principal de estos préstamos anuales o semi-anuales. Los comerciantes podían prorrogar y continuar, o reclamar los préstamos cada seis meses o cuando más a un año. Este breve ciclo exponía a los agricultores a una seria iliquidez en la medida en que los precios de exportación caían antes de que el volumen de los nuevos plantíos generase fondos suficientes para pagar las deudas. La insolvencia exponía a los hacendados a padecer todos los efectos de 1 ey de 1Ode abril de 1834, y sus acreedores podían, y lo hlcleron, poner las propiedades de los insolventes en subasta al mejor postor, ocasionando catastróficas ventas a vil precio. Esta situación dividió a la elite política venezolana entre los intereses de hacendados y comerciantes, y provocó una fascinante ráfaga de comentarios y provechosos análisis.

Esta controversia y el subsecuente ajuste político motivó una transferencia del control gubernamental, de un grupo de la elite conocido como la Oligarquía Conservadora a otro grupo de la elite conocido como la Oligarquía Liberal. Para nuestro propósito, esto revela el funcionamiento del sistema venezolano a finales del Siglo de transición, y estableció un paradigma funcional que habría de prevalecer cuando menos hasta bien entrado el Siglo XX [10].

La adaptación de la gerencia de Venezuela durante la segunda parte del Siglo de transición asumió dos formas diferentes pero concurrentes. Por una parte, la elite de Venezuela presentó una faz modernizadora a las aceleradamente expansivas economías industriales de mercado del Atlántico Norte, que representaban la única fuente de capital y de artículos de consumo a precios competitivos, y el único mercado para las cosechas venezolanas de exportación. En este sentido Venezuela funcionó lo m:is cerca posible de las pautas de las economías dominantes del Atlántico del Norte. Los representantes de Venezuela hablaban francés, alemán o inglés, negociaron contratos y tratados, y presentaron sobrios informes gubernamentales sobre los asuntos fisca-

les. Manejaron sistemas aduaneros que satisfacían los requerimientos mínimos del mundo exterior. La tarea de adaptarse a estas pautas en los años 1830 y 1840 resultaron ser algo más fáciles que en los años siguientes, a m did a qt e aumentaba la distancia entre las economías adánticas dominantes de Inglaterra, Prancia, Alemania y progresivamente de los Estados Unidos de América, y la realidad venezolana. Un indicador de esta distancia podría ser el tamaño rehuivo de las ciudades más grandes de los Estados Unidos de América con sus equivalentes venezolanas, representadas por Caracas. En 181 O Nueva York tenía alrededor de 120.000 habitantes, y sólo Manhattan unos 96 000, cuando menos el doble de la más generosa estimación para Caracas, de 40 000. En 1850 Nueva York y Manhattan superaron los 500.000 habitantes, mientras Caracas permanecía en alrededor de 50.000, y no pasó de 100.000 en 1873, último censo del Siglo XIX.

Por otra parte, la elite de Venezuela manejó un sistl'.ma interno de producción agrícola cuyas principales características fueron heredadas de la ya evickntcmenrc no competitiva empresa imperial. Este sistema productivo, una máquina diseñada para extraer valor de Venezuela, '.·eposaba en un complejo conjunto de relaciones entre la tierra, el trabajo y la socil'.dad, edificado a través de las aduanas y la ley durante los siglos precedentes. Puede que la independencia cambiase muchos de los rasgos superficiales de la firma española en América, pero exceptuando sus efectos en cuanto a destrucción de propiedades y extensa alteración del trabajo, lo fundamental del aparataje para manejar la máquina de extracción permaneció. Ciertamente que gran parte de los esfuerzos de la elite de la independencia de Venezuela, especialmente después de 1830, estuvo consagrada a la reparación de esos elementos de la máquina local de extracción económica dañada por la independencia.

Con la eliminación del sistema de castas y su complejo

de relaciones entre la elite y la no-elite, y con la desorganización causada por la guerra de las microeconomías locales de haciendas y sembradíos, el trabajo se convirtió en una preocupación fundamental. Venezuela dictó muchas leyes, reglas y regulaciones para restaurar el orden, hacer reinar la normalidad y controlar la mano de obra rural, reemplazando el perdido mecanismo coercitivo español. Una parte significativa de la discusión versó sobre la cuestión de reemplazar la fuerza de trabajo perdida en la guerra, y afectada por la manumisión y la esperada abolición, con mejor control del trabajo y más trabajadores mediante la inmigración.

El largo debate sobre crédito y préstamo representó un esfuerzo para encontrarle reemplazo al crédito a largo plazo, garantizado por la tierra, previamente proporcionado por la Iglesia por medio de los censos y otras modalidades de préstamos eclesiásticos, y tratar de restablecer la protección legal brindada a los terratenientes y otros probables prestatarios no previsores por la ley española. Cada revuelta o rebelión que amenazara la paz hacía renovarse la discusión sobre la "cuestión social", una manera de referirse al problema de encontrarle reemplazo al sistema de castas español, que sirvió para controlar y manipular las aspiraciones de los pardos y negros libres en el ,ímhito venezolano.

La nueva elite republicana posterior a la independenci2. afinó su estrategia de la máscara de Jano para insertar su empresa local llamada Venezuela en el mercado mundial. Una cara, moderna y sofisticada, hacia el mundo exterior; la otra cara, tradicional y colonial, hacia el mundo interior. Según fuera la demanda externa por los productos de exportación venezolanos, podía predominar una u otra cara. En buenos tiempos, la cara modernizadora sonreía tanto hacia afuera como hacia adentro, invirtiendo en caminos, escuelas, y demás obras públicas. En malos tiempos, predominaba la cara tradicional, acelerando la máquina exportadora colonial con el fin de producir en el mercado mundial un

rendimiento que asegurase un nivel mínimo aceptable de vida elitesca.

Como la ciudad central Caracas cumplió una función especial en este proceso, pues ella disponía de la infraestructura burocrática que conectaba el tradicional mundo interno con los modernos mercados atlánticos. Las elites se dividieron en facciones y luchaban por quienes controlarían la burocracia y manejarían dicha conexión, pues los detalles de ésta determinaban cual elemento de la elite prosperaría más o, en malos tiempos, que no prosperaría en absoluto. Las débiles estructuras institucionales para resolver disputas y reconciliar intereses conflictivos, combinadas con una economía cíclica y frecuentemente marginal, alentaban la ocasional violencia semi-organizada como uno de los principales mecanismos para promover cambios de gestión substanciales. El caudillo, figura tan popular para muchos observadores, simplemente llenó un vacío de autoridad, creando la ilusión de legitimidad por la autoridad de las armas y la fuerza de voluntad.

La construcción de la Jano bifronte para V<::nezucla requirió una base intelectual e ideológica para <::xplicar, racionalizar, y frecuentemente encubrirla, la arcaica p<:ro ineludible realidad interna de la máquina extractora colonial española que sostenía la estructura económica y social del país. Un elemento de esta base era proporcionado por las constituciones y las leyes y los dem,Ís componentes formales de la república liberal democrática. Corno sucedía con otras partes de la realidad venezolana, también este ejercicio tenía su característica dualidad. Muchos de los dirigentes de la elite intelectual de Venezuela, altamente competente y de clase mundial, indagó de manera genuina sobre el modelo adecuado que podría cambiar la economía de Venezuela y reconciliar así las dos caras del país. Cualesquiera que fuesen las intenciones, la sinceridad o el cinismo de los muchos contribuyentes a la construcción de la identidad

nacional venezolana, en la práctica los resultados sirvieron para sostener ambas Venezuelas.

La identidad Bolívar

Los sistemas económicos nacionales generalmente requieren una identificación nacional que provea un contexto intelectual, histórico y cultural. La identidad nacional orgánica venezolana es hispánica, derivada de la conquista, colonización y administración de América. Sin embargo, la estructura retórica y proyecto político de la independencia exigía que se rechazase esta identidad hispánica. Después de la independencia los venezolanos enfrentaron la formidable tarea de inventar una identidad nacional prescindiendo de su pasado hispánico. En el mundo de naciones donde actuaba Venezuela como una supuesta república independiente, la posesión de una identidad nacional, al igual que la existencia de una constitución y la vigencia formal de la Ley, fue vista como un demento requerido por la cara externa de la nacionalidad venezolana.

Además de que la audiencia externa buscaba signos de unicidad nacional, la elite también necesitaba un auténtico mito nacional para ayudar a definir el contexto de su control interno de esta región llamada Venezuela. Cada grupo de la elite que llegó al poder en Venezuela naturalmente se veía a sí mismo como la culminación del proceso histórico de construcción nacional, y trató de conectarse con lastradiciones del país al mismo tiempo que establecía lo que sus miembros esperaban que sería un prolongado y próspero reinado. Las raíces hispánicas de Venezuela no podían proveer el material para edificar la versión interna del mito nacional. Para llenar este vacío cu! rural los venezolanos se entregaron a la invención de Bolívar como el mitológico creador de la identidad nacional venezolana. En medio de nuestro

común entusiasmo por el Libertador, muchos de nuestros contemporáneos, si bien nadie en esta sala, olvidan que Venezuela surgió como nación rechazando y proscribiendo a su hijo más famoso. Los fundadores de Venezuela nada quisieron con el Bolívar viviente. No antes de transcurrida una década desde su muerte decidieron sus compatriotas resucitar su héroe con otros propósitos. En muchos sentidos la invención del mito del Bolívar creador figura como una de las más inspiradas elaboraciones ideológicas de nuestra época. Ocurriendo, como lo hizo, en el preciso momento en que Venezuela invencó también su modelo dual de funcionamiento (interno y externo), el mito sirvió excepcionalmente bien para soportar ambos lados de esta dualidad.

Vista retrospectivamente esta selección para encarnar la identidad nacional parece como poco menos que perfecta. Bolívar sirvió tanto para las necesidades de acomodarse a la economía mundial atlántica, como para el acomodamiento interno de la manera de gcrenciar la producción local para la exportación.

Visto desde mera por la comunidad de las naciones, las extraordinarias realizaciones de Bolívar lo acreditaban como un valioso héroe inrernacional. Superior a Washington, más heroico que Napoleón, aménticamente venezolano, la vida y los tiempos dramáticos de Bolívar, incluso sin exageraciones hagiogrMicas, dieron a Venezuela un mito creativo de alcance mundial. De inmediato el mito alcanzó una distinción a la que muy pocas de las demás naciones hispanoamericanas podían aspirar. Venezuela tuvo un héroe y símbolo nacional de primer orden, convalidado y admirado internacionalmente.

Visto desde el interior, la autenticidad de Bolívar como un caraqueño nativo, lo acreditó como un símbolo apropiado del poder y la gloria de que debería gozar Venezuela, y como un factor legitimador del régimen en el poder. Adoptando y glorificando aún más este améntico héroe venezo-

lano, los sucesivos regímenes utilizaron las lustrales propiedades del legado bolivariano para distanciarse de los métodos muchas veces irregulares utilizados para llegar al poder. El derecho de glorificar a Bolívar llegó a ser en Venezuela sinónimo del derecho de gobernar el país[11].

La realización venezolana

Durante el Siglo de transición Venezuela luchó por definir su perspectiva nacional y forjar una trayectoria histórica autónoma y única, enfrentando la fuerza disolvente de la economía mundial. Al menos desde los años 1750, cuando Venezuela comenzó a surgir como un elemento integrado económica y políticamente en el sistema colonial español, sus oportunidades económicas y sociales respondieron primariamente a las necesidades de la economía global antes que a una tradición histórica localmente autónoma. El mito de Bolívar dio a Venezuela un medio para legitimar el que continuase operando la economía extractiva colonial, y evitar tener que confrontar el contraste con el veloz avance del mundo industrial. En la lucha por mantener un estilo de vida elitesco que fuese internacionalmente competitivo, y que generase cierto grado de progreso económico para el resto del país, Venezuela percibió que su única ventaja comparativa radicaba en preservar una economía de bienes primarios para la exportación. Desde entonces su historia ha girado en tomo a la construcción de sucesivos acomodamientos que permitan el máximo rendimiento para el país de la extracción y exportación de tales bienes. Los cambios ideológicos, políticos y sociales se mueven al ritmo determinado por los flujos de esa economía global, y los fundamentales cambios políticos y sociales de Venezuela siguen las oportunidades y las desventajas de su relación con esa economía.

Por supuesto que lo milagroso de esta experiencia es que Venezuela haya realizado tanto a partir de estas circunstancias. Si bien es moda lamentar que las porciones fragmentarias del imperio español fallaran en el intento de alcanzar pautas mundiales de desarrollo y prosperidad, lo sorprendente es lo bien que lo hizo Venezuela, dadas sus desventajas comparativas en la economía mundial, visibles desde mucho antes de la independencia. Cualquiera que sea la medida utilizada, es notable el registro histórico de las realizaciones intelectuales, económicas, políticas y sociales de los venezolanos a lo largo del Siglo de transición.¿Producirá la Venezuela de la Era del petróleo una economía de primer mundo? Este es asunto del futuro, pero la experiencia del pasado nos proporciona una visión de la dinámica del intercambio y la producción mundiales en la cual Venezuela hizo y hará su futuro.

NOTAS

(1) Para los norteamericanos el debate contemporáneo sobre la esclavitud en las Américas cobró gran impulso a partir de los análisis hechos en las obras de Frank Tannenbaum Slave and Citizen: The Negro in the Americas (New York: Vintagc Books, 1946) y Gilberto Freyre The Mastcrs and the Slaves (New York: A.A. Knop[1946. La obra fundamental que vinculó la cuestión de la esclavitud en los Estados Unidos con el más amplio contexto atlántico es la de David Brion Davis The Problcm of Slavery in Western Culture (Ithaca: Cornell University, 1966). La perspectiva de los Estados Unidos, visible por supuesto como telón de fondo en Lodos los estudios sobre la esclavitud realizados por historiadores de los Estados Unidos, es presentado explícitamente en la muy importante y debatida obra de Sunlcy Elidns Slavery: A Problem in American lnstitutional and lntcllectual Lifc (Chicago: UniversityofChicago, 1959). Elcrnpcfíodecaptar las diferencias esenciales existentes entre la experiencia de la esclavitud en los Estados Unidos y América Latina ha atraído mucha investigación destacada, pero merecen especial interés las siguientes obras: la muy influyente y controvertida Time on the Cross: The Economics ofArnerican Negro Slavery (2 v., Boston: Littie, Brown, 1974) por Roben W Fogel y Stanley L. Engerman. Otro enfoque de este debate se ofrece en la obra de Herbert S. Klein Slavcry in the Amcricas: A Comparative Study ofVirginia and Cuba (Chicago: University of Chicago, 1967). Para una muestra de la controversia que rodea este esfuerzo para situar la esclavitud en un contexto cuantitativo, véase la obra de Laura Fonery Eugene D. Gcnovese, edi-

tores, Slavery in the New World: A Reader in Comparative History (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1969). El continuo desarrollo de este debate se aprecia en el número especial de la American Historical Review (AHR) basado en una presentación hecha por David B. Davis y las respuestas de muchos de los investigadores más activos en este campo: "Looking at Slavery from Broader Perspectives", AHR Forum: Crossing Slavery's Boundaries (105:2, 2000 452-466). Sus notas y comentarios ofrecen una buena visión de lo adelantado sobre esta cuestión historiográfica. La preocupación estadounidense por las cuestiones de raza y esclavitud tiene su contexto especial, en ninguna parte más clara y dramáticamente expuesto que en el clásico estudio en dos volúmenes de Gunnar Myrdal An American Dilemma (New York: Harper & Brothers, 1944).

(2) El curso del debate actual sobre la llamada globalización se da en diversos foros. Algunos de los enfoques aparecen bajo etiquetas políticas tales como "La tercera vía", sobre la cual apareció un interesante debate en mayo de 1998 en una publicación on-line de NEXUS intitulada The Third Way: Summary of the NEXUS On-Line Discussion, editada por David Halpern y David Mikosz. Otro enfoque se ofrece en publicaciones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que intentan recoger la visión global de esas instituciones sobre las transformaciones contemporáneas. Véase, por ejemplo, The Quality of Growth, por Vinod Thomas y otros. (Washington: World Bank, 2000). El Fondo Monetario Internacional presenta su enfoque sobre las cuestiones de una economía global en una on-line staff publication *intitulada* Globalization: Threat or Opportunity. La

importancia de estos debates contemporáneos para el estudio del Siglo de transición se aprecia claramente en el complejo y creativo estudio de Peggy K. Liss sobre el surgimiento de la economía atlántica en Atlantic Empires: The Network of Trade and Revolution, 1713-1826 (Baltimore: John's Hopkins University, 1983). Investigadores interesados en Venezuela se han preocupado mucho por la estructura económica y política del país a fines del Siglo XX, tal como se le presenta en la revisión de Steve Ellner "Recent Venezuelan Political Studies: A Return to Third World Realities", Latin American Research Review (LARR) (32:2, 1997, 201-218).
Véase también las obras de Aníbal Romero, "Rearranging the Deck Chairs on the Titanic: The Agony of Democracy in Venezuela", LARR (32: 1, 1997, 7-36) y Fernando Coronil, The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela (Chicago: The University of Chicago, 1997). Terry Lynn Karl encuadra el dilema de los estados ricos del tercer mundo en The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States (Berkeley: University of California, 1997).

(3) Sobre la historiografía clásica de América Latina de mediados de los años 1950 véase Hubert C. Herring, A History of Latin America from the Beginnings to the Present (New York: Knopf, 1955). Pocas obras han tenido tanto impacto como la de Stanley J. Stein y Barbara H. Stein The Colonial Heritage of Latin America (New York: Oxford University, 1970), que creó un contexto para la comprensión de la continuidad que subyace en gran parte de la historia de Hispanoamérica independiente. Muchos estudios especializados tratan sobre cuestiones de las postreras transformaciones coloniales en Hispanoamérica. Algunos, como



el de Silvia Marina Arrom The Women of Mexico City, 1790-1857 (Stanford: Stanford University, 1985), tratan sobre sectores particulares de la sociedad hispanoamericana durante los años de transición. Los de Nancy M. Farriss, Crown and Clergy in Colonial Mexico, 1759-1821. The Crisis of Ecclesiastical Privilege (London: Athlone, 1968) y Allan J. Kuethe, Military Reform and Society in New Granada, 1773-1808 (Gainesville: Universities of Florida, 1978), se refieren a dos importantes sectores institucionales, uno declinante y otro ascendente a través de la línea divisoria de la independencia. Otros estudios enfocan las cuestiones económicas de finales de la Era, como los de John R. Fisher's "Commerce and Imperial Decline: Spanish Tradewith SpanishAmerica, 1797-1820", Journal ofLatin American Studies [J. Lat. Amer. Stud.] (30: 1998, 419-479) y Jonathan C. Brown *A* Socioeconomic History of Argentina, 1776-1860 (Cambridge: Cambridge University, 1979). Ralph Lee Woodward, Jr. explora una perspectiva institucional a través de la independencia y hasta bien entrado el Siglo XIX en su obra Class Privilcge and Economic Development. The Consulado de Comercio of Guatemala, 1793-1871 (Chapel Hill: University of North Carolina, 1966).

(4) Muchos investigadores han prestado atención al impacto transformador del esfuerzo de España por revitalizar y modernizar su imperio en el Siglo XVIII. Fue de los primeros Lillian E. Fisher, cuya obra The Intendant System in Spanish America (New York: Gordian, 1969, el 929) siguió la alta pauta inicial establecida por el estudio de Herbert I. Priestiey sobre una de las figuras claves de la Era borbónica, José de Gálvez, Visitor-General of New Spain, 1765-1771 (Berkeley: University of California, 1916). En la generación actual estudios tales como el de John R. Fisher Government and Society in Colonial Peru. The Intendant System, 1784-1814 (London: University of London, 1970), afinó nuestra comprensión de esos cambios. Susan Migden Socolow ofrece un enfoque *útil* de las funciones burocráticas en una de las áreas periféricas de Hispanoamérica en su obra The Bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810. Amor al Real Servicio (Durham: Duke University, 1987). Sobre las actividades de los pequeños capitalistas véase el interesante trabajo de Jan Kinsbruner Petty Capitalism in Spanish America: the Pulperos of Puebla, Mexico City, Caracas, and Buenos Aires (Boulder, Colo.: Westview Press, 1987). Es innecesario decir que nadie en América apoyó o se benefició de las reformas, como quedó claramente establecido en los influyentes trabajos de John L. Phelan The People and the King: The Comuneros Revolution in Colombia, 1781 (Madison: University of Wisconsin, 1978) y Adalberto López, The Revolt of the Comuneros, 1721-1735: A Study in the Colonial History of Paraguay (Cambridge, Mass.: Schenkman, 1976). La obra de Martin Minchom The People of Quito, 1690-1810. Change and Unrest in the Underclass (Boulder: Westview, 1994), ofrece un enfoque más amplio de la permanente intranquilidad característica de la compleja estructura social y económica de una parte de la postrera Hispanoamérica colonial. Mark A. Burkholder y Lyman L. Johnson proporcionan una buena revisión de Colonial Latin America (2nd ed., New York: Oxford University, 1994) y John R. Fisher explora la compleja evolución de las relaciones de intercambio en el imperio español en su obra Commercial Relations between Spain and Spanish America in the Era

ofFree 1hde, 1778-1796 (Liverpool: Cerner far Latin American Studies, University of Liverpool, 1985). La obra clásica en inglés que ilustra sobre uno de los más exitosos monopolios de la Era es la de Roland D. Hussey, T e Caracas Company, 1728-1784. A Study in the Hrstory of Spanish Monopolistic Trade (Cambridge: Harvard University, 1934). Entre las excelentes obras que tratan del ocaso del imperio español ha resul ado influyente la de Jorge I. Domínguez Insurrectl?n or Loyalty: The Breakdown of the Spanish American Empire (Cambridge: Harvard University, 1980). Merece especial mención el trabajo excepcional ente p net rante sobre el proceso de independncla deJaime E. Rodríguez O., The lndependence of Spa11lsh America (Cambridge: Cambridge Uniersity, 1 98). Tunbién es muy útil la obra deTimorhy l. Anna Spain and the Loss ofAmerica (Lincoln: University of Nebraska, 198.1).

(5) La comprensión estructural de las relaciones entre la corntm)dad atLintica e Hispanoamérica cobn'> excepGonal fuerza con la renombrada obra de f--luguette y Fiern.:: Chaunu Seville et 1'Atlantique, 1504-1650 (8 vols., Paris: A. Colin, 1955-59). El enfoque de los términos de intercambio entre América y España condujo a escudriñar las cuentas imperiales españolas, pues éstas revelan los términos del intercambio en el manejo de la economía del imperio. La obra de John J. TePaske y Herbert S. Klein The Royal Treasuries of che Spanish Empire in America, f. Peru (con Kendall W Brown); II. Upper Peru (Bolivia); III. Chile and the Rio de la Plata; IV. Eighteenth Century Ecuador (por Alvaro Jaraand TePaske) (4 vols. Durham: Duke University, 1982-) contribuyeron grandemente a la comprensión de los patrones de intercambio y finanzas. La obra de Herbert S. Klein y Jacques A. Barbier, "Recent Trends in the Study of Spanish American Colonial Public Finance", LARR (23: 1, 1988) ofrece una revista de la investigación sobre esta cuestión y otras relacionadas. A lo largo de la historia de Hispanoamérica fue constante e intenso el conflicto entre las visiones imperial y locales. Desde la disputa sobre la disponibilidad del trabajo indígena en los inicios de la Era colonial, presente en la obra clásica de Lewis Hanke, The Spanish Strugglefor Justice in the Conquest ofAmerica (Philadelphia: University of Pennsylvania, 1949), y evidente en la de Charles Gibson Tlaxcala in the Sixteenth Century (Stanford: Stanford Univcrsity, 1952), o en la de William B. "faylor Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca (Stanford: Stanford University, 1972). Hasta la independencia, la hi\-toria del imperio español estuvo centrada en la reconciliación de los intereses locales de los americanos con los intereses imperiales de los españoles peninsulares. James Lockhart y Stuart B. Schwartz ofrecen en su ol;ra Early Latín Amcrica: A History of Colonial Spanish America and Brazil (New York: Cambridge University, 1983) umexcclcntevisióngeneral de la historia del periodo colonial. John Lynch trata de "The lnstitutional Framework ofColonial Spanish America," en el J. Lat. Amer. Stud., Quincentenary Supplemcnt (24: 1992, 69-81), y John L. Phelan examina la tensión entre autoridad y flexibilidad en la burocracia imperial española en su obra "Administrative Science Quarterly" (15:1, 1960,47-65).

(6) Las obras en inglés sobre la independencia y la inmediata Era post independencia es extensa. La obra de John Lynch The Spanish American Revolutions, 1808-1826 (2nd cd., New York: W.W Norton, 1987)

proporciona un excelente enfoque comparativo de la Era de la independencia propiamente dicha, y David Bushnell and Neill Macaulay entregan una aguda visión de las transformaciones decimonónicas de la región en su obra The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century (2nd ed., New York: Oxford University, 1994). Algunas aproximaciones bastante diferentes a estas transformaciones postindependencia están en la obra de Bradford E. Bums The Poverty of Progress: Latín America in the Nineteenth Century (Berkeley: University of California, 1980) y en la de Tulio Halperín-Donghi, The Aftermath of Revolution in Latin America (New York: Harper and Row, 1973). La obra de D.A. Brading The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867 (New York: Cambridge University, 1991), trata de las cuestiones relacionadas con el eventual cambio desde la monarquía a los gobiernos republicanos liberales, mientras que John Lynch estudia el fenómeno del caudillo, tan característico de la política decimonónica, en su obra Caudillos in Spanish América 1800-1850 (New York: Clarendon, 1992). La invención de Caracas como la ciudad capital de la que habría de ser Venezuela es tratada cn la obra de John V. Lombardi, People and Places in Colonial Venezuela (Bloomington: Indiana University, 1976), y en su estudio "The Rise of Caracas as a Primate City", en la obra de David J. Robinson, ed. Social Fabric and Spatial Structure in Colonial Latin America (Syracuse: Syracuse University, 1978, pp. 433-472).

(7) Para la comprensión del ascenso de Caracas como un importante centro de Hispanoamérica colonial es de considerable importancia el excelente trabajo de

Roben J. Ferry, The Colonial Elite of Early Caracas. Formation and Crisis, 1567-1767 (Berkeley: University of California, 1989). La obra de P. Michael McKinley Pre-revolurionary Caracas. Politics, Economy, and Society 1777-1811 (Cambridge: Cambridge University, 1985) dispone el escenario para el proceso de la independencia. Sobra añadir que investigadores venezolanos han contribuido substancralmente a la bibliografía sobre tópicos relacionados con la consolidación de Venezuela en las postrimerías del Siglo XVlll. Caracciolo Parra Pérez, El régimen español en Venezuela, estudio histórico (2nd. ed., Madnd, 1964); José L. Sucre Reyes, La capitanía general de Venezuela (Barcelona: Editorial R. M., 1969) y Manuel Nunes Dias, El real Consulado de Caracas (1793-181 O) (Caracas: Academia Nacional de la Historia [ANH], 1971), entre muchos otro autores y obras tratan de los cambios, en la estructura institucional y territorial, que crearon las condiciones para el surgimiento de un Estado funcional llamado Venezuela al terminar la Era de la independencia.

(8) Sumadas a la clásica obra en inglés de Hussey sobre la Compañía de Caracas, antes mencionada, las de otros investigadores han tratado una gama de importantes cuestiones relacionadas con la rápida expansión de las instituciones al finalizar el período colonial en Venezuela. Véase en particular la obra de Eduardo Arcila b rías, El Real Consulado de Caracas (Caracas: Universidad Central de Venezuela (UCV), 1957) y su Historia de un monopolio. El estanco del tabaco en Venezuela (1779-1833) (Caracas: UCV, 1977); y la de Mercedes M. Alvarcz F., El tribunal del Real Consulado de Caracas (2 vols.. Caracas: Cuatricentenario de Caracas, 1967). Teresa Albornoz de López propor-

ciona un instructivo enfoque de los conflictos y dificultades del revitalizado final del Siglo XVIII en Venezuela, en su trabajo sobre La visita de Joaquín Mosquera y Figueroa a la Real Audiencia de Caracas (1804-1809}: conflictos internos y corrupción en la administración de justicia (Caracas: ANH, 1987), tema también explorado con notable profundidad por Marianela Ponce en su obra El control de la gestan administrativo en el juicio de residencia al gobernador Manuel GonzálezTorres de Navarra (3 vols., Caracas: ANH, 1985). Despierta particular interés, por supuesto, la rebelión de Juan Francisco de León contra la Compañía de Caracas, presentada en Documentos relativos a la insurrección de Juan Francisco de León (Prólogo de Augusto Mijares) (Caracas: Pan American Institute ofGeography and History, 1949). Tanto en Venezuela como en el resto del mundo hispánico la expulsión de los jesuitas representó uno de los importantes cambios institucionales ocurridos en la Era borbónica, Véase la obra de José del Rey Fajardo, La expulsión de los jesuitas de Venezuela (1767-1768) (San Cristóbal: Universidad Católica delT:íchira, 1990). La dimensión social del Siglo de transición preocupó por igual a la elite y a la no elite, incluyendo la cuestión de la esclavitud. Las obras de Ermila Troconis de Veracoechea Documentos para el estudio de los esclavos negros en Venezuela (2nd. ed., Caracas: ANH, 1987); de Miguel Acosta Saignes, Vida de los esclavos negros en Venezuela (Caracas: Hespérides, 1967); de Pedro ManuelArcaya, Insurrección de los esclavos negros en la Serranía de Coro (Caracas: Panamerican Instituro for Geography and History, 1949); de Federico Brito Figueroa, Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana (Caracas: Cantaclaro, 1961), y de Carlos Felice

Cardot, La rebelión de Andresote (Valles de Yaracuy, 1730-1733) (2nd. ed., Bogotá: ABC, 1957), han contribuido a la comprensión de la complejidad social de Venezuela, que fue base dé las cuestiones encaradas por la elite durante el Siglo de transición.

(9) La dificultad de lograr un ajuste efectivo y práctico entre los principios teóricos del mundo atlántico y la realidad de los recursos y el sistema económico de Venezuela, fue expresada por Arturo Uslar Pietri en su obra Testimonios de la época emancipadora (Caracas: ANH, 1961, p. xxxii), cuando dice:

"Esta distancia entre las doctrinas y la realidad, entre lo prometido y lo alcanzable, entre los principios y los hombres, constituirá el signo tdgico de toda la Primera República, y en esa grave antinomia, que se resolverá en sangre. Guerra y destrucción, le rocará a la Sociedad Patriótica representar el polo de la ideología que no se compadece con las circunstancias. En el grande y largo drama de la creación del Nuevo orden, para sustituir el de la colonia,, ella constituye el irreductible término de lo tanto más deseable cuanto más inalcanzable. El extremo doctrinario que continuará activo y recurrente como uno de los factores determinantes de la inestabilidad política a lo largo de nuestra historia".

(10) Los materiales que ilustran la reconstrucción de la rama Venezuela de la firma transnacional española después de la independencia, son abundantes debido en buena parte al gran entusiasmo demostrado por las instituciones venezolanas en la publicación de documentos y monografías. Aunque este no es el momento para mencionar una extensa bibliografía sobre las muchas cuestiones suscitadas en este ensayo, algunas mencio-

nes selectas pueden servir como ejemplos de los temas tratados. La excepcional colección Pensamiento político venezolano del siglo XIX (15 vols., Caracas: Sesquicentenario de la Independencia, 1961) [PPV] proporciona un punto de referencia sobre los debates que definieron el lugar de Venezuela en la surgente economía mundial. Entre las muchos textos clásicos de análisis político venezolano figura el famoso de Fermín Toro, "Reflexiones sobre la Ley de 10 de Abril de 1834", publicado originalmente en 1845. Las muchas publicaciones de la Academia Nacional de la Historia sobre el período colonial, la independencia y otros tópicos de significación histórica, ha creado una tradición que inspira muchas otras organizaciones para apoyar la publicación de materiales y estudios históricos. Un ejemplo son los tres volúmenes preparados, con una cuidadosa introducción, por Ermila Troconis de Veracoechea, Sobre los censos en la iglesia colonial venezolana (sistema de préstamos a interés) (3 vols. Caracas: ANH, 1982). Este trabajo trae la historia de estos préstamos hasta mediados del Siglo XIX proporcionando un contexto esencial para entender los debates económicos posteriores a la independencia sobre moneda y crédito. Otro enfoque de los arreglos económicos con la economía atlántica viene en los mensajes de los ministros de Hacienda, publicados con una muy útil introducción, por Tomás Enrique Carrillo Batalla en Historia de *las* finanzas públicas en Venezuela (vols, 1-10, Caracas: Cuatricentenario de la ciudad de Caracas, 1967-1973). Para tener un fascinante enfoque de la industria del cacao en Venezuela, que abarca este período, véase la obra de José Rafael Lovera, El cacao en Venezuela: una historia (Caracas: Chocolates El Rey, 2000). Sobre el tema de los precios del cacao y *el* café véase la obra de John V Lom-

bardi y James A. Hanson, "The First Venezuelan Coffee Cycle", Agricultural History (November 1970). Son también útiles en este contexto las obras de William Roseberry Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes (Austin: University of Texas, 1983); de Eugenio Piñero The Town of San Felipe and the Colonial Cacao Economies (Philadelphia: American Philosophical Society, 1994), y de Doug Yarrington A Coffee Frontier: Land, Society, and Politics in Duaca, Venezuela, 1830-1936 (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1997). El difícil acomodo entre la tierra y el trabajo puede apreciarse en los documentos compilados en la serie Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela, especialmente el volumen 1810-1865: Mano de obra: Legislación y administración (Caracas: UCV, 1979) y el volumen 1822-1860: Mano de obra: Opinión (Caracas: UCV, 1995). Véase en particular el estudio de Antonina Camacho, "Aportes para el estudio de la formación de la mano de obra en Venezuela: esclavos y libres (1810-1865)", en el primer volumen mencionado, y el de John V. Lombardi, "La abolición de la esclavitud en Venezuela. Historia y fuentes", en el segundo volumen mencionado. Sobre el proceso de abolición véase la obra de John V Lombardi The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854 (Westport, Conn.: Greenwood, 1971). El influyente estudio sobre *José* Tomás Boves, por Germán Carrera Damas, apareció inicialmente como el estudio preliminar del volumen de la serie Materiales, con el título "Sobre el significado socioeconómico de la acción histórica de Boves", Materiales para .... 1800-1830 (Caracas: UCV, 1964). Las Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País (Caracas: Banco Central de Venezuela, 1958) contienen una ilustrativa variedad de materiales sobre

416). Germán Carrera Damas trata la dualidad de la elite de Venezuela en una economía y cultura mundiales en su importante ensayo El dominador cautivo (Caracas: Grijalbo, 1988). También Venezuela trató la cuestión de distribuir las tierras del gobierno con la esperanza de crear oportunidad económica y prosperidad. Para obtener una buena visión de este proceso durante la primera mitad del Siglo XIX, véase Carmen Gómez Rodríguez Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela (1829-1860): Enajenación y arrendamiento de tierras baldías (Caracas: UCV, 1971), y especialmente el estudio introductorio por Carmen Gómez Rodríguez.

(11) El desmesurado interés en los estudios bolivarianos en Venezuela y en todas partes es un fenómeno intelectual. Una muestra de los sentimientos anti Bolívar en su época proviene de Tcimás Lander, quien escribió lo siguiente en El Fanalon, el 13 de marzo de 1830 (in PPV, vol. 4, p. 37).
"¿Qué hombre de juicio no se asombrará al ver la tenacidad conque algunos pocos aduladores del poder se empeñan en sostener las miras ambiciosas de Bolívar, y en desacreditar la meditada y digna resolución de Venezuela al separarse del resto de la Reptíblica? ... La fusión de Venezuela y Nueva Granada en una sola República es el acto más ilegal que hemos visto desde el principio de nuestra transformación política. Ella no tuvo otro origen que el de lograr la coronación de Bolívar y, por consiguiente, file éste el único que *intrigó* y trabajó para conseguirla". Hacia 1842 había cambiado el tono de la retórica y también la necesidad del mito nacional, como puede apreciarse en la obra de Fennín Toro "Descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador Simón Bolívar..." (30 de abril de 1842 in PPV (vol. I, pp. xxx). Un excelente ejemplo de la defensa por Venezuela del legado de Bolívar corre en las obras de Vicente Lecna, tales como Cartas apócrifas sobre la conferencia de Guayaquil (Caracas: ANH, 1948), Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar (3 vols., New York: Colonial, 1956-58) y Crónica razonada de las guerras de Bolívar (3 ols., N_cw Yr_k :olonial, 1950). Otro destacado bolivana111sta, Cnstobal Mendoza, aportó el ímpetu para elaborar la colección definitiva de los escritos de Bolívar, preparada por los investigadores bolivarianos Pedro Crases y anuel Pérez Vila, Escritos del Libertador (16 vols., Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1964). Muchos investigadores han tratado sobre la mitología \le Bo!ívar, pero el análisis clave esd en la obra de Cerman Carrera Damas El culto a Bolívar (Caracas: UCV, 1969). Muchas de todas las obras de Mario Briceño-lragorry tratan la cuestión de la identidad na ional y el conflicto entre el pasado hispánico, la herenGa venezolana y la fúerza culturalmente disolvente de ls medios y Ii cultura globales. Para tener una selecclOn de sus puntos de vista véase su obra
La historia corno elemento creador de la cultura (Caracas: ANH, 1985). Para tener una visión del alcance del fenómeno Bolívar véase en la obra de R. J. Lovera de Sola, El Gran Majadero (Caracas: ANH, 1984), una colección de artículos sobre Bolívar y quienes escriben sobre él. Para obtener una visión de conjunto de la historia de Venezuela, con especial énfasis en los temas de la independencia y de comienzos de la república, véase las Obras de Pedro Grases (17 vols., Caracas: Seix Barral, 1981). La mejor guía de la historia de Venezuela sigue siendo la monumental obra de Manual Pérez Vila Diccionario de historia de Vene-

zuela ꞵ v ls. Caracas: Fundación Polar, 1988). Para una hIsto:1a general en inglés véase la obra de John V Lombard1 Venezuela: The Search for Order, The Dream o fProgress (New York: Oxford Universi r y, J982).

UNA CIUDAD EN MEDIO DE LA GUERRA:
Estudio del caso de San Carlos de Austria 1781-1824

Introducción

En el transcurso de estudios que hemos realizado sobre la población y estructura urbanas de la Venezuela de los períodos colonial tardío y republicano temprano, desarrollamos una visión del Obispado de Caracas desde varias dimensiones. Aunque el conjunto de datos en que se basa ese análisis no o f'ece la profundidad suficiente como para permitir un amplio estudio de los cambios experimentados a través del tiempo, podemos obtener una perspectiva del proceso de cambio examinando cuidadosamente la respuesta de una determinada ciudad a los eventos dram;iticos que clausuraron la era colonial e inauguraron el período republicano. Al escoger el centro urbano para este análisis, seguí una serie de criterios *,id hoc.* En general, evité aquellos sitios que ya han sido extensamente escrutados por la historia local. Por ejemplo, Tucupido, un importante centro urbano en el extn:mo oriental de los Llanos adscritos al Obispado de Caracas, ya ha sido discutido detalladamente en otros escritos. Asimismo, he evitado Caracas, en parte porque ya ha sido sometida a innumerables estudios y en parte porque solamente es representativa de sí misma. Para poder decir algo significativo acerca del flujo demográfico de una ciudad o pueblo y tabular los cambios que pudieran haber ocurrido en su composición, yo necesitaba escoger un sitio con una serie razonablemente completa de información y, además, un sitio cuyos límites no hubieran experimentado cambios drásticos durante el período estudiado. Por último, quería encontrar un centro urbano ubicado en una región geográfica importante de Venezuela. Como resultado de la aplicación de estos criterios, seleccioné la ciudad de San Carlos

mente manejaba la mayoría de las ventas y transferencias de productos destinados al consumo interno en el Altiplano de Segovia, los valles de Caracas e incluso hasta Valencia sino que también servía de conducto para los productos [illegible]ados al exterior del país en tráfico legal o ilegal con España y Holanda. Los emprendedores residentes de la ciudad se enriquecían con la venta de cuero, sebo, queso y ganado vivo. También vendían grandes cantidades de mulas que se empleaban en la vasta industria de transporte de bienes, entre las principales ciudades de las provincias de Venezuela. De las 3.000 cabezas de ganado que se estima se vendían al año la mayoría se destinaba a la región de Barquisimeto para carne, mientras que una cantidad considerable iba a la costa donde los contrabandistas holandeses adquirían la carne y el cuero. Aunque estos productos ganaderos y la venta de mulas aportaban la mayor parte de la prosperidad de San Carlos, el pueblo también se encargaba de transportar una cantidad sustancial de tabaco hacia la costa.

Infortunadamente, no dispongo de datos fehacientes sobre las ocupaciones de los residentes de este centro urbano, pero los individuos prósperos de la ciudad se podían dividir claramente en dos grupos principales. Primero, estaban los mercaderes cuyas actividades comerciando con cuero, ganado y mulas les proporcionaron los ingresos para importar legalmente productos manufacturados a través de Puerto Cabello y La Guaira - Caracas, o ilegalmente a través de contrabandistas a todo lo largo de la costa desguarnecida. Los dueños de grandes hatos, es decir, establecimientos ganaderos, ubicados a lo largo y ancho de los Llanos hasta el Apure, conformaban el segundo grupo. Indudablemente, estos individuos vivían en San Carlos y establecieron allí a sus familias porque era el mayor y principal centro urbano con razonable acceso directo a sus propiedades. Estableciendo su residencia principal en una ciudad como San Carlos, un hacendado emprendedor podía mantener a su familia al esti-

lo exigido por su posición y de acuerdo a sus ganancias. Más aún, sospecho que este patrón de concentración de los dueños de grandes hatos en los principales centros llaneros puede ser corroborado a lo largo de toda la región.

Es difícil determinar quiénes eran los habitantes de San Carlos y de dónde provenían, basándose en los datos disponibles en fuentes impresas e información censal; sin embargo, San Carlos era reputado por ser un centro para isleños, o españoles provenientes de las Islas Canarias, un grupo conocido por su industria, economía y talento empresarial. De ser acertado este concepto estereotipado, los isleños ciertamente hicieron de San Carlos un lugar del cual estar orgullosos. En 1780, en reconocimiento al lugar destacado que ocupaba la ciudad dentro de la red urbana de Venezuela, el Rey le confirió el título de villa a la ciudad[2].

Por supuesto, existen muchas maneras de evaluar la importancia de una ciudad dentro de un contexto determinado. Dentro del sistema urbano venezolano, la más Eicil es por el tamaño de la población. Sin embargo, frecuentemente el número de personas involucradas en la vida de una ciudad no transmite fidcdignamente el sentido de complejidad y prosperidad de un lugar. Por ejemplo, San Carlos no servía solamente de importante centro comercial, sino también de cabeza de una circunscripción judicial y de una circunscripción eclesiástica. Como resultado, aquellos sacerdotes que servían en la parroquia contaban con un ingreso sustancial. Según Mariano Marcí, en 1781, la curia percibía entradas provenientes de diversas fuentes de más de 1600 pesos, mientras el sacristán mayor disponía de más de 600 pesos.

Si los ingresos de un sacerdote ayudan a transmitir la dimensión de la prosperidad de un poblado, el estado saludable de las instituciones religiosas de San Carlos proporciona un indicador aún más impresionante. Dos órdenes religiosas mantenían una presencia en San Carlos durante las últimas décadas del siglo dieciocho. Los Dominicos man-

tenían un hospicio administrado por dos miembros de la ord n. ste establecimiento podía permitirse albergar una capilla bien construida mediante su capital de unos 27.588 pesos, un capital que debe haber producido utilidades en el orden de 1200 ó 1300 pesos anuales. Cuando los frailes Mercedarios quisieron establecer un convento para su orden en 1781, obtuvieron promesas de pago por 28.500 pesos de capital, además de la donación de tierras para el convento, en apoyo a su solicitud.

La caridad religiosa en San Carlos también abarcaba la fumt ción de cofradías o hermandades: obras pías y capillas especiales. La obra pía de las Benditas Animas del Pur o ato-rio, establecida en San Carlos en 1709, mantenía un apital e 5.5.1 pesos que proveían ingresos de nús de 260 pesos al ai_10, casi el 5 por ciento. La otra obra pía de la ciudad, l-lei cada a la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, recibía un apital libre y exento de cargas por 1.820 pesos y tema pendiente un proceso de litigio por 550 pesos adicionales. La Cofradía del Santísimo Sacramento, fundada en los albores de la historia del pueblo, en 1697, fue ratificada en 1769 y certificada por orden real en 1771. La cofradía administraba un capital de .1.850 pesos. Por último, la ciudad también sostenía una capilla en uno de los vecindarios al osre_, dedicada '. San Juan Bautista. Esta pequeña iglesia tema pisos de lad.·rilo, un indicio inequívoco de prosperidad, y una dotación de 1. 500 pesos.

Por supuesto el monumento a la prosperidad y orgullo cívico de San Carlos, la iglesia de la ciudad, se erigía en testimonio mudo de la opulencia y preponderancia de la ciudad. En 1781, Maní encontró que la iglesia estaba extraordinariamente bien construida, bien mantenida y agradable a la vista. La iglesia misma ha debido ser un edificio imponente, extendiendose a más de 160 pies de longitud, con una nave central de unos treintitrés pies de anchura. Las paredes eran estructuras macizas de una yarda de espesor.

La iglesia se vanagloriaba de tener tres altares, tres rancies puertas y un excelente techo de ejas. El suelo, pavunent -do en ladrillos, y las paredes, recientemente encaladas, vt-denciaban el cuidadoso esmero que San Carlos le prodigaba a su iglesia principal.

A riesgo de dar la imagen de un paraíso urbano a?itado por gentes prósperas y felices, atareadas con sus actividades comerciales y ganaderas, apoyando sus instituciones religiosas favoritas sin indicios de infelicid tl'. o dificultad_es, se hace necesario dar aquí una idea de los vicios que aquejaban a la ciudad. Evidentemente, una cantidad importante de individuos de San Carlos se ganaba la vida violando f-lagrantemente la ley española, comerciando con los holandeses y, posiblemente, con otros extranjeros que fre uel taban las costas. Aunque el contrabando probablemente mspirara poco remordimiento a los mercaderes de San (:arlos, era una actividad que contravenía a la ley y era contraria a las convenciones económicas y políticas prevalecientes en l imperio.

También sabernos por las relaciones que hiciera Manano Martí de su visita que los residentes de la ciudad no eran inmunes a los mismos tipos de descarríos sexuales a los que sucumbía el resto de los fieles del Obispado. En sus crónicas, podemos leer caso tras caso de trasgresiones morales: hombres casados enredándose con mujeres solteras, padres cohabitando con hijas, patronos aproveckíndose de sus empleados. En muchos casos, estos crírnenes contra la ley de Dios se vdan complicados con otras consideraciones de pundonor social. Ya era suficientemente execrable que un hombre casado mantuviera a la esposa de otro corno concubina, pero peor aún que él fuera blanco y ella negra.

Estos vínculos desiguales están siempre descritos de tal manera como para indicar que el pecado de o ab tación ilícita se veía exacerbado por añadidura con la miqmdad de la mezcolanza racial.

Evidentemente, la representación de las transgresiones

que refleja el relato de Martí sólo muestra aquellos pecados referidos al Obispo durante su permanencia en la ciudad. Infrecuentemente, nos enteramos de transgresiones que no se refieran a las relaciones sexuales o a violaciones del contrato matrimonial. Sin duda, las personas estafaban con los precios, mentían, robaban y peleaban. No obstante, debían considerarse como contravenciones civiles de poca importancia para el Obispo. Sin embargo, el matrimonio y las relaciones sexuales asociadas al matrimonio siempre se consideraban dentro del ámbito de regulación de la Iglesia. En ocasiones, el Obispo habría de obligar a un hombre a traer a su esposa desde otra ciudad para impedirle vivir en pecado con otra mujer. En otras oportunidades, se le pediría al Obispo que conminara a un novio renuente a cumplir su compromiso con una joven demasiado cándida. Mucha de la información registrada en los libros del Obispo sobre estos temas proviene, por supuesto, de habladurías. Eventualmente, sin embargo, la frecuencia con la cual alguna bola de chismorreo malicioso aparece en la transcripción de la visita, indica que la falta de algún personaje prominente era tan flagrante y una afrenta tan grande a las prácticas de la comunidad que un consenso había emergido sobre su culpabilidad moral. En muchos de estos casos, el Obispo hacía un esfuerzo denodado por disolver las alianzas escandalosas. En sus esfuerzos por restablecer la armonía y tranquilidad, así como eliminar la causa de estos escándalos, frecuentemente recurría a los sacerdotes locales e incluso a las autoridades civiles de la ciudad para que garantizaran la continuación de las soluciones encontradas. A pesar de su parcialidad, las referencias a la decadencia moral en los libros del Obispo proporcionan un atisbo fascinante de la vida real de personas reales de todo el Obispado y demuestran, como era factible, que los residentes de San Carlos sucumbían a la misma gama de falras humanas que el resto de los habitantes del Obispado[3].

San Carlos y la Independencia

La historia de la población de San Carlos durante los años 1781 a 1824 ilustra muchas de las fuerzas que operaban en todas las parroquias venezolanas durante esas décadas. Venezuela, sujeta a la influencia de los acontecimientos en Europa y el Caribe sobre el precio y perspectivas e sus pr_oductos, además, se abigarró con todas las d1sgregac10nes, destrucción y desorganización que conllevaron las viol - tas y prolongadas guerras de independencia. Venezuela inició la lucha independentista tan tempranamente como cualquier otra colonia española y los venezolanos adeptos al_sueño de Bolívar de una América unida, independiente y libre se sentían compelidos a liberar toda la Hispanoamérica meridional. Debido a ello, esa república incipiente pagó un precio mayor que la mayoría de sus hermanas repúblicas por el privilegio de manejar sus propios asuntos. Desde 181 O, hasta la batalla final en Carabobo en 1823, Venezuela proveyo hombres y suministros y su territorio sirvió de uno de los principales campos de batalla para la cruzada hemisférica de Bolívar. Bajo el fulgor superficial de promesas resplandecientes, proclamas gloriosas y repúblicas libres, la tierra venezolana exhibía las cicatrices físicas acarreadas por causa de la Independencia Hispanoamericana. Las plantaciones se marchitaban o desaparecían, el ganado, mulas y caballos eran confiscados por los ejércitos contrincantes. El comercio se estancaba, el orden civil flaqueaba y en ocasiones desaparecía, la gente migraba de un lado a otro, buscando la oca seguridad y tranquilidad que podía hallarse en aquellos tiempos turbulentos. Mujeres y hombres seguían a los_ejércitos de un campo de batalla a otro, algunos como militantes, algunos como seguidores y otros con la esperanza de obtener protección. El rápido desplazamiento de las bandas e- rrilleras, ejércitos altamente movedizos y fuerzas expedioonarias, a lo ancho y largo del territorio, cambió la faz de

muchas aldeas, villorrios, pueblos y ciudades venezolanos[4].

San Carlos de Austria fue una de esas ciudades. Las mismas condiciones que hicieron de San Carlos un lugar próspero a finales del siglo dieciocho, pusieron a la ciudad en el centro del movimiento independentista. En los primeros años de la guerra, durante los infelices días de la Primera República venezolana, San Carlos parecía ser la clave del éxito o fracaso de los planes realistas y patrióticos. Enclavado entre los reductos realistas de Coro y Maracaibo y de las montañas y valles centrales, controlados por los patriotas, además de proveer un pasadizo principal hacia los llanos, San Carlos sufrió la embestida de la guerra tan fuertemente como cualquier otro lugar de tamaño equiparable durante la Primera República. Por supuesto esto no quiere decir que San Carlos proporcione un típico caso histórico en ningún sentido estadísticamente significativo. Más bien significa que la experiencia de San Carlos provee un ejemplo útil del tipo de impacto que la experiencia bélica tuvo sobre las parroquias venezolanas.

En los años que precedieron el tumulto de la revolución, la población de San Carlos experimentó una serie de cambios de poca magnitud, podemos suponer que respondiendo a mejoras en las condiciones económicas o a dificultades en el comercio con Europa y el Caribe. La tendencia en los datos demográficos para este período anterior a 181 Omuestra una clara propensión hacia el crecimiento para todos los grupos raciales de la ciudad. T1mbién parece haber habido relativamente pocos cambios en la contextura racial del lugar, con los blancos, indios, pardos, negros y esclavos manteniendo sus cuotas dentro del total de la población. Este statu quo, razonablemente tranquilo, no podía sobrellevar el embate catastrófico del movimiento independentista y la beligerancia que lo acompañaba (Gráficos 1 y 2).

Cuando la guerra alcanzó a San Carlos en los años 181 O a 1815, la gente de la ciudad y de las áreas adyacentes reaccionó de tal manera que transformó la estructura demográfica durante siquiera una década. Dos movimientos importantes dominaron las tendencias complejas que acaecieron en San Carlos en aquel entonces. El primero fue una merma en la población de todos los grupos raciales, excepto los pardos, después de 181 O. El segundo fue el incremento dramático del número de pardos, entre 181 l y 1812, y de su descenso hasta niveles ligeramente superiores a las cifras anteriores a la guerra, después de 1812.

Debido a la importancia de San Carlos como centro de operaciones en la defensa de Caracas y los valles centrales contra la reconquista realista, grandes masas de tropas, principalmente de pardos y sus oficiales, blancos en su mayoría, se congregaban en la ciudad para preparar la defensa y realizar otras maniobras militares contra el enemigo. Desventuradamente para la causa patriota, la Primera República no estaba destinada a perdurar y, cuando las tropas realistas tornaron San Carlos en la primavera de 1812, la causa republicana estaba perdida. A pesar de este revés, los patriotas regresaron nuevamente, en esta oportunidad con la celebrada Campaña Adrn irab le que descendió desde los Andes colombianos y venezolanos, cruzando el pasadizo de San Carlos y penetrando en Caracas. Al estar Caracas de nuevo en manos patriotas en el verano de 1813, los republicanos intentaron consolidar sus conquistas.

Sin embargo, como ocurriera durante la Primera República, los patriotas subestimaron el poderío de sus adversarios. Explotando los resentimientos de las masas de pardos, negros, y esclavos, los habilidosos capitanes españoles empezaron a reconquistar el control de los pueblos y aldeas a lo largo del perímetro patriota. Debido a que la guerra se había transformado en una revolución social embrionaria más que en un movimiento por la independencia política, la furia de la guerra sin cuartel y sin neutrales compelió a la gente a abandonar sus hogares en busca de refugio en los pueblos



grandes y las ciudades. A medida que los ejércitos realistas avanzaban sobre la región central de Venezuela, San Carlos sucumbió en marzo de 1814 y los fugitivos y los ejércitos patriotas en retiro huyeron hacia Caracas y sus inmediaciones, hasta que llegó el fin en julio de ese mismo año. Con la inminente caída de Caracas, los patriotas, refugiados, soldados y ciudadanos atemorizados abandonaron la ciudad. Algunos tomaron el camino fácil, por mar hacia el oriente de Venezuela o las islas caribeñas, algunos viajaron por tierra hasta el reducto patriota en Barcelona y otros seguramente deambularon fuera de Caracas para perderse en la campiña o buscar el regreso a casa.

En los años subsiguientes, mientras los patriotas reagrupaban sus ejércitos y comenzaban la reconquista de Venezuela, desde una base en los Llanos Orientales, la población de San Carlos, como la de otras ciudades, fluctuaba en respuesta a las vicisitudes de la guerra y al estado de derecho reinante en la región. Durante esos años, la ciudad recuperó algunas de las perdidas sufridas entre 1810 y 1815. Sin embargo, al finalizar la guerra, la ciudad no había recobrado la densidad de la población que tuviera antes de la independencia y, de hecho, parecía declinar irremediablemente5.

Como consecuencia de las guerras independentistas, San Carlos *se* convirtió en un centro urbano copiosamente dominado por pardos, negros y esclavos. La ola migratoria de pardos que llegó con la guerra dejó atrás un residuo significativo después de la guerra, mientras que el éxodo de blancos durante la independencia no se revirtió sustancialmente.

Si estos cambios parecen fáciles de comprender como las consecuencias del movimiento independentista, algunos de sus componentes requieren explicaciones algo más complejas. Aunque las fluctuaciones demográficas que reflejan los datos no arrojen conclusiones definitivas acerca de sus causas y efectos, podemos elaborar algunas hipótesis que pueden resultar útiles para investigaciones posteriores.

El incremento notable en la población afrovenezolana de San Carlos se torna aún más impresionante cuando observamos que prácticamente todo el aumento proviene de los pardos y que, de hecho, la cantidad de negros y esclavos disminuyó simultáneamente. Imaginamos que, al intensificarse la guerra y con los rumores acerca de la disposición de los realistas a reclutar esclavos, los propietarios de esclavos de San Carlos pudieron haber sacado su valiosa propiedad de las tierras ganaderas y, con sus propios domésticos, haberse desplazado hacia zonas más seguras, menos expuestas a la confiscación. También podemos imaginar a los esclavos huyendo para unirse a bandas guerrilleras, alistándose en los ejércitos o escapándose hacia las colinas o llanuras. 'fa es explicaciones adquieren validez cuando notamos que la disminución en la población esclava, entre 1809 y 1815, provenía principalmente de la categoría de esclavos solteros y, secundariamente, de esclavas solteras. Sin embargo, antes de enfatizar demasiado estos fenómenos, debemos tomar en cuenta que los esclavos solteros probablemente eran trasladados fácilmente por sus amos para aprovechar las condiciones en otros lugares o trabajar en haciendas ubicadas en otras parroquias. Por ejemplo, también hubo un descenso similar, aunque no tan brusco, en la población de esclavos solteros a finales de la década de 1790. Las esclavas solteras, aunque más fluctuantes que sus coetáneas casadas, disminuían menos que sus hermanos solteros, presumiblemente porque muchas mujeres de este grupo trabajaban como domésticas y no eran trasladadas con tanta facilidad.

Los esclavos casados muestran menor movilidad aunque, debido al pequeño número que había en San Carlos, las generalizaciones se tornan aventuradas. No obstante, podemos suponer que los esclavos casados, personas con vidas más estables y con menor propensión a deambular, debían desplazarse menos que sus homónimos solteros. Antes de respaldar cualquier teoría sobre la transmigración esclava,

debemos destacar que los datos de San Carlos y otras ciudades muestran un aumento extraordinario en los movimientos demográficos de todas las categorías. Solamente cuando reparamos en que la merma de esclavos solteros constituye una reducción en tres cuartos, podemos considerar menos dramática la disminución de dos tercios en la población masculina casada porque sucedió con menor rapidez que en el caso de los solteros.

La reducción en la población negra presenta algunas dificultades de interpretación. Por lo que comprendemos del sistema racial venezolano, después de 181Ono se hace patente ninguna razón obvia para el descenso acelerado que se observa en la población negra de tocias las categorías. Este problema puede estar más relacionado con las percepciones que el censor tuviera de la realidad que con cambios verdadero_s en la población negra. Debido a que el término negro pudiera estar perdiendo su vigencia como etiqueta racial, no es difícil suponer que los negros *se* alistaran o fueran reclutados por el ejército y clasificados entonces como pardos, lo cual presumiblemente fuera una promoción en la escala racial. Dado que la terminología racial probablemente se extendiera también a las familias de los alistados, tal explicación ayudaría a aclarar las tendencias que arrojan los datos. Muchos negros también pudieron haber huido a otras parroquias o hacia las colinas y llanuras para escapar de participar en la guerra. Cualesquiera los motivos, los negros pr:ícticamente desaparecieron como grupo racial identificable, disminyendo a menos de un dos por ciento de la población.

Si nos quedara alguna duda sobre cuán totalmente involucrada estuvo la población venezolana en las guerras de mdependenGa, un análisis de los datos habría de eliminarla. En prácticamente cada uno de los casos examinados detalladamente, los hombres y mujeres, casados y solteros, y niños de ambos sexos, se vieron afectados por las guerras. Cuando cantidades cuantiosas de hombres pardos solteros

llegaron al pueblo, también lo hizo gran cantidad de mujeres solteras. Cuando se marcharon los hombres casados, también lo hicieron las casadas. Los ejércitos independentistas debieron movilizarse con grandes séquitos de mujeres y niños. Lamentablemente, es difícil hallar evidencia sobre cuáles funciones y composición tenían estos zagueros de los campamentos, pero no sería extraño descubrir que las !1rnjeres acompañaban a sus esposos o consorts, desel pen 1:do todas las funciones de un cuerpo de adrrumstraclon militar y servicios médicos.

Si las mujeres efectivamente se trasladaban con sus ombres, evidencian haber tenido grados diferentes de independencia acordes con su raz,' estado civ l, como se desprende de los patrones de movilidad poblac1011al por se o y estado civil de San Carlos. Por ejemplo, podemos medir el grado en el cual un aumento o disminución en la poblaci n de hombres blancos casados iba acompañado de un cambio equiparable en la población equivalente de mujeres. En el caso de San Carlos, los adultos blancos casados parecen haber migrado al mismo ritmo para ambos sexos. o sólo pol emos explicar casi todos los cambios en la cantidad de mt'.Jeres casadas conociendo el número de hombres casados, smo que también podemos demostrar que el aumento o disminución de por ejemplo diez hombres se verán acompañados por un incremento o reducción casi idénticos en el número de mujeres (Gráficos 3 y 4).

Varias condiciones pueden haberse combinado para arrojar este resultado relativamente elegante. Generalmente, los blancos del Obispado de Caracas tendían a casarse con blancos. Por ende, las relaciones que estamos explorando aquí no se ven complicadas por la posibilidad de que hubiera grandes cantidades de hombres blancos casados q e o hubieran contraído nupcias con mujeres blancas. Aslmlsmo, podemos presumir que había más blancos con los recursos económicos y conexiones personales para arreglar que

sus esposas se mudaran a otras áreas cuando ellos tuvieran que marcharse a extensas campañas o cuando las condiciones de San Carlos lucieran arriesgadas que los que podían tener los miembros de otras categorías raciales. Aún tomando en cuenta todos estos factores, la simetría de la correlación resulta admirable.

Una correlación similar priva entre los blancos solteros y solteras, aunque en una medida notoriamente menor. Conociendo las variaciones en el número de hombres blancos solteros de San Carlos, solamente podemos explicar dos tercios de los cambios en la población de mujeres blancas solteras. Este resultado no es sorprendente pues no podríamos esperar que las mujeres solteras estuvieran tan estrechamente relacionadas a los hombres solteros como las mujeres casadas a sus esposos. Por añadidura, había considerablemente más mujeres que hombres solteros en San Carlos. Por ende, podemos suponer que esto reducía aún más la influencia de las acciones de los hombres sobre las mujeres. Aún cuando esta discusión se refiere a solteros adultos, es importante tener presente que los solteros incluyen personas desde los siete años de edad. Cabl'. esperar que los individuos entre los siete y quince años de edad se trasladarían con sus padres y que su conducta respondería más a las presiones ejercidas sobre los blancos casados que sobre los solteros (Gráficos 5 y 6).

Antes de considerar la actuación del grupo pardo dentro de este contexto, es necesario hacer algunas aclaratorias sobre las suposiciones en que se basa esta discusión. Al referirme a la movilidad de los blancos adultos, he considerado a los hombres como la variable independiente y a las mujeres como la variable dependiente. Sin embargo, esto no implica que la relación causal esté absolutamente chra, sino que pudo haber sido al contrario. El propósito de este análisis de la relación entre las fluctuaciones de la población masculina y femenina de San Carlos es el de determinar hasta qué

punto los hombres y mujeres se trasladaban c 1;juntamente adentro y afuera de San Carlos. La conclusión de que sí se desplazaban juntos, es decir, que cuando los hombres se marchaban las mujeres también lo hacían en una proporción similar, no implica necesariamente qtK los hombres se llevaban a las mujeres consigo. No obstante, éste l:ien pudo ser el caso, especialmente cuando se trataba de mujerc_s casadas y de solteros dependientes, de ambos sexos, clasrfi? dos como adultos, entre los siete y quince años de edad. Iambién es una presunción probable la de que, en rnucl:os Gls s, tanto hombres como mujeres respondieran a las mismas circunstancias, pero de manera independiente. Esta última sería más verosímil en d caso dl'. hombres y mujeres solteros y menos plausible con respecto a los individuos casados. Si tuviéramos alguna forma dk medir esas fuerzas y, luego, co_mparar los cambios provocad)s en las poblaciones lasc,ul111 a o femenina, quizás sería posible elaborar una GH!a mas elegante para explicar los desplazamientos poblauonalcs \-\urantl'. las guerras de independencia. Hasta que_drch_a información surja ck las investigaciones sobre la l1st'.nri1 soC1al de esos años, estaremos restringidos a construir h1potl'.sis basadas en las tendencias que se desprenden de los datos y de las monografías disponibles actu;:lmente.

Re,rrl'.sando a considerar la forma en qul'. las mujeres y los hombres migraban juntos durante los años eл conmoción de la independencia, es útil comparar la actuación de los pardos con la de los blancos. Los pardos casados, tanto hombres como mujeres, se cksplazaban juntos fuera y dentro e San Carlos, en grado similar al de los blancos. Por cada adición o sustracción de una parda casada a la población urbana, encontramos un cambio correspondiente entre los pardos. Es importante notar que la mayoría de los desplazamientos de los blancos casados ocurrían hacia fuera de la ciudad, mientras que los traslados de pardos casados iban en la dirección contraria. Asimismo, antes de hacer

mucho énfasis en las similitudes entre los desplazamientos de blancos y pardos, sería necesario evaluar los momentos en que ocurren esos desplazamientos. En todo caso, la única conclusión cierta a la que sí se puede llegar a estas alturas es la de que mujeres y hombres pardos casados no mostraban menor tendencia a migrar juntos que sus homólogos blancos. (Gráficos 7 y 8).

La situación cambia cuando volcamos nuestra atención sobre los pardos solteros donde podemos observar que los hombres y mujeres parecen haber reaccionado de forma diferente a las circunstancias cambiantes en el área de San Carlos. Tanto hombres como mujeres entraron a San Carlos en grandes cantidades entre 1810 y 1812. Igualmente, tanto hombres como mujeres abandonaron la ciudad en grandes cantidades antes de mediados de 1815. Sin embargo, una cantidad importante de mujeres pardas solteras se quedó cuando sus coetáneos masculinos se marcharon (Gráficos 9 y 10).

Cualquier historiador con mediana imaginación puede concebir una serie de explicaciones hipotéticas o de versiones alternativas que se ajusten a los datos y ayuden a aclarar la historia de la independencia venezolana. Una de estas hipótesis sobre San Carlos podría discurrir de la siguiente manera.

Imaginemos a San Carlos de Austria, un lugar próspero que vivía de los ingresos del comercio y el trueque de ganado, cueros, carne, mulas y caballos. Una ciudad de nueve a doce mil almas que servía como punto de intercambio entre los centros urbanos de los Altos de Segovia y aquellos de los valles y montañas centrales, así como los llanos menos populosos del interior. Con el advenimiento de los discursos de independencia en 181 Oy la declaración de independencia en 1811, San Carlos, como tantas otras ciudades venezolanas, se vio envuelta en el drama del movimiento político cuyo costo y consecuencias imaginaron pocas personas. La

ciudad tenía un representante e Caracas uin participaba en las deliberaciones de la Primera Repu blrca y, al'.nque San Carlos ciertamente podía ser considerada una cmdad patriota, su representante se mostraba renuente a e, era las pretensiones caraqueñas de liderazgo, una poslelon por demás relativamente común entre los representantes de las principales ciudades y p eblos venezolanos.

La ubicación estratég1Ca de San Carlos convIrt1O à_la cim-dad en un punto principal de concentración de las ferzas patriotas que operaban desde Cara a ,haoa l exterior. e? un esfuerzo por contener a la opos1C10n realista conn'a la independencia que prevalecía en los pueblos_de lo Altos de Segovia y, especialmente, en Coro y 0aracalbo. Gran cantidad de tropas llegaba a raudales a _h cmdad, trayendo consigo a una caravana de mujeres y rnños a la z_aga d los campamentos quienes se asentaron en la parroquia de San Carlos por muchos años. Este ejército, reclutado y_enro ad d entr los pardos y negros de los valles y montanas ce:1t_rales y los llanos circundantes a San Carlos, seguía a sus oc1al_e; blancos, en parte por temor al castigo p_or insubord h lc lon y en parte con la esperanza de consegu n algo del bot111,de u-rra. El arribo de esta horda de recién llegados alt ro drastl-camente el equilibrio de la mezcla racial de San C rlos pt'.es aunque ahora más blancos habitaban la parroquia, se vieron abrumados por una avalancha de pardos. M1'.cha gente de los pueblos más pequeños alrededor de San Cario y de las haciendas aisladas o de los hatos de los llanos vema a la ciudad en busca de alguna estabilidad. Esto se debía a la p r-turbación que causaban la propaganda pro 111_dependent ls-ta y realista en el campo y al trastorno que ocas1ona a la guerra en la actividad normal de las haciendas y granps de las zonas adyacentes. Este grupo refugiado creció rápidamente a medida que las bandas guerrilleras empezaron a lanzar ataques desde baluartes de las zonas rurales, m enazando vidas y propiedades en nombre del Rey o del pals. Los saque-

os oficiales también aumentaron a medida que los ejércitos patriotas saqueaban en busca de las provisiones y suministros que necesitaban para sostener su causa tambaleante.

Después de la caída de la Primera República, el flujo y reflujo de soldados, parásitos y refugiados continuó durante los años siguientes. San Carlos presenció la famosa Campaña Admirable cuando Bolívar atravesó raudo en camino hacia Caracas y la ciudad sufrió todos los estragos de la guerra a medida que los realistas se abalanzaban sobre Caracas desde el este, o este y sur. Como acceso principal a la región central, San Carlos recogió su porción de refugiados, gente que huía del conflicto cada vez más violento y destructivo entre los ejércitos contendientes. A medida que los patriotas se replegaban hacia el centro, los ejércitos recogían grupos importantes de fugitivos y, a medida que cada ciudad caía ante los realistas, el ejército en retirada cargaba consigo nuevos cúmulos de desamparados y afligidos.

Con el desplome del segundo intento fallido de los patriotas por controlar al país, San Carlos, como otras ciudades venezolanas, permaneció en pie de guerra y desolada, mas no destruida. Se marcharon los soldados y sus oficiales, *se* marchó un número considerable de la elite blanca colonial, pero en su lugar permanecieron cantidades importantes de pardos, especialmente mujeres solteras, quienes prefirieron quedarse en la ciudad en lugar de seguir el éxodo hacia Caracas en 1814. San Carlos empezó su procesó de restablecimiento, dado que el frente de guerra se trasladó a otras zonas de Venezuela y el continente, hasta que Bolívar se quedara en la ciudad en 1821 en camino hacia su gran triunfo en Carabobo. Ahora era una ciudad con la población parda muy aumentada y su elite blanca muy reducida, aunque la demografía global aún mostrara la tendencia a menguar.

Tal es, entonces, una posible trama para la historia de San Carlos. Por supuesto, no es la única posible, pero sí refleja lo que sabemos acerca de las guerras de independencia y la

historia demográfica de San Carlos. Las investigaciones uturas udieran cambiar ciertos detalles, llenar los vac10s o req erir que desarrollemos hipótesis alternas, pero esta versión nos da un punto de parnda.



NOTAS

(1) Este estudio constituye el Capítulo 5 de John V Lombardi, *People and Places in Colonial Venezuela,.* Part I: *The Population of the Bishopric of Caracas in the Late Colonial Period;* Part II: *A Workbook in the Historical Demography of Venezuela, the Bishopric of Caracas, 1776-1838* (Bloomington: Indiana University Press, 1976). Partes de este trabajo junto con un conjunto ampliado de datos aparece en línea en Parishes of the Bishopric of Caracas, 1771-1838. Un Apéndice de este trabajo incluye un conjunto de datos sobre San Carlos entre 1781 y 1824. Para el tema de la fecha de fundación de San Carlos y el papel que jugó en el sistema misionero de los Capuchinos, refiérase al Padre Buenaventura de Carrocera, *Misión de los Capuchinos en los Llanos de Caracas,* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, nos. 111-113, 3 vols. (Caracas, 1972), especialmente el Vol. 1, p. 63-68 y 365-466. Sobre la controversia que se desató sobre la cesión de San Carlos a la administración secular eclesiástica, véase *ibid,* Vol. 2, p. 25-26, 32, 40, 49, 50, y75. Este estulio em le: las cat ,gorías "blanco," "indio," pardo," negro, y esclavo en la misma manera como aparecen en las matrículas de 1781-1824 que reproducimos en el Ap éndice. Una discusión de estas categorías aparece en Lombardi, *People and Places,* pp. 44.

(2) Para consulta de antecedentes, véase Mariano Martí, Documentos relativos a su visita pastoral de la Diócesis de Caracas, 1771-1784, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, nos. 95-1 O1, 7 vols. (Caracas, 1969), Vol. 2, p. 520, y Vol. 7, p. 73-83. También véase Guillermo Figuera, editor, Docu-

con el *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII* (México: El Colegio de México, 1950) de Eduardo Arcila Farías. La geografía de Codazzi en *Obras escogidas* da el panorama de la economía en guerra en su momento de recuperación. Para una discusión de la agricultura venezolana y los problemas laborales antes y después de la guerra, véase a Miguel Izard, "La agricultura venezolana en una época de transición, 1777-1830," *Boletín histórico* (Caracas) 28 (1972) 81-145; y John V. Lombardi y James A. Hanson, "The First Venezuelan Coffee Cycle, 1830-1855," *Agricultural History*, 44 (1970), 355-367. Para una compilación de estadísticas sobre la economía venezolana, véase a Miguel Izard comp., *Series estadísticas para la historia de Venezuela* (Mérida: Universidad de los Andes, 1970). Véase también a Federico Brito Figueroa, *La estructura económica de Venezuela colonial* (Caracas: Instituto de Investigaciones, Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, 1963). También es muy útil José Rafael Revenga, *La hacienda pública en Venezuela, 1828-1830. Misión de ... como ministro de hacienda* (Caracas: Banco Central de Venezuela, 1953).

(5) Para hacerle seguimiento a las tropas dentro y fuera de San Carlos, los siguientes trabajos, aunque no son exhaustivos en cuanto a la literatura existente en materia de guerra, resultan muy útiles ya sea por su especificidad con respecto a San Carlos o por su esclarecimiento de temas importantes discutidos en este capítulo. Sobre la Primera República, véase a Caracciolo Parra Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, nos. 19-20, 2 vols. (Caracas, 1959). Venezuela, Congreso Constituyente 1811-1812, *Libro de*

Actas del Supremo Congreso de Venezuela, 1811-1812, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, nos. 3-4, 2 vols. (Caracas, 1959) es útil para comprender las operaciones del primer gobierno venezolano. Sobre el papel de Francisco de Miranda en la caída de la Primera República, véase el *Archivo del General Miranda*, editor Vicente Dávila, 24 vols. (Caracas: Editorial Sur-América, 1929-1950), Vol. 24; Francisco de Miranda, *Textos sobre la independencia*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, no. 13 (Caracas, 1959); y William Spence Robertson, *La vida de Miranda*, trad. Julio E. Payro (Caracas: Banco Industrial de Venezuela, 1967). La figura dominante de la historiografía de la independencia venezolana siempre ha sido Simón Bolívar. Aún cuando no hay espacio aquí para una extensa bibliografía bolivariana, a continuación se especifican algunas de las obras más importantes. Dos biografías útiles las constituyen la de Augusto Mijares, *El Libertador*, 2da edición (Caracas: Editorial Arte, 1965) y Gerhard Masur, *Simón Bolívar* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1948). La obra más útil para este estudio es del clásico bolivarianista, Vicente Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, 2da edición, 2 vols. (New York: Fundación Vicente Lecuna, 1960). Para consultar la edición definitiva de los escritos y canas de Bolívar, véase *Escritos del Libertador*, 10 vols. (Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1964-). También resulta útil José de Austria, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, nos. 29-30, 2 vols. (Caracas, 1960); Colombia, Leyes, estatutos, etc., *Decretos del Libertador*, 3 vols. (Caracas: Publicaciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1961); y Feliciano Montenegro y Colón, *Historia de Venezuela*, Biblioteca de

la Academia Nacional de la Historia, nos. 26-27, 2 vols. (Caracas, 1960). Sobre las actividades realistas en el movimiento independentista venezolano, véase a Stephen K. Stoan, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820* (Columbus: Ohio State University Press, 1974); "Materiales para el estudio de la ideología realista de la independencia", *Anuario del Instituto de Antropología e Historia* 4-6 (1967-1969); y especialmente a Germán Carrera Damas, *Boves: Aspectos socioeconómicos de su acción histórica*, 2da edición, *Colección Vigilia*, no. 14 (Caracas: Ministerio de Educación, Dirección Técnica, 1968). La fuerza perturbadora del movimiento independentista desde el punto de vista de la estructura social y económica se puede rastrear por medio de las siguientes obras. Charles C. Griffin, *Los temas sociales y económicos en la época de la independencia* (Caracas: Fundación John Boulton y Fundación Eugenio Mendoza, 1962); *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela (1800-1830)* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, 1964); Lombardi, *Decadencia y abolición de la esclavitud en Venezuela, 1820-1854* (Caracas: UCV, 1974); y *James* F. King, "A Royalist View of the Coloured Castes in the Venezuelan War of Independence," *Hispanic American Historical Review* 33 (1953), 526-537.

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 1, Población total	87
Gráfico 2, Población por raza	87
Gráfico 3, Blancos casados	88
Gráfico 4, Blancos casados. Hombres vs. Mujeres	88
Gráfico 5, Blancos solteros	89
Gráfico 6, Blancos solteros. Hombres vs. Mujeres	89
Gráfico 7, Pardos casados	90
Gráfico 8, Pardos casados. Hombres vs. Mujeres	90
Gráfico 9, Pardos solteros	91
Gráfico 10, Pardos solteros. Hombres vs. Mujeres	91

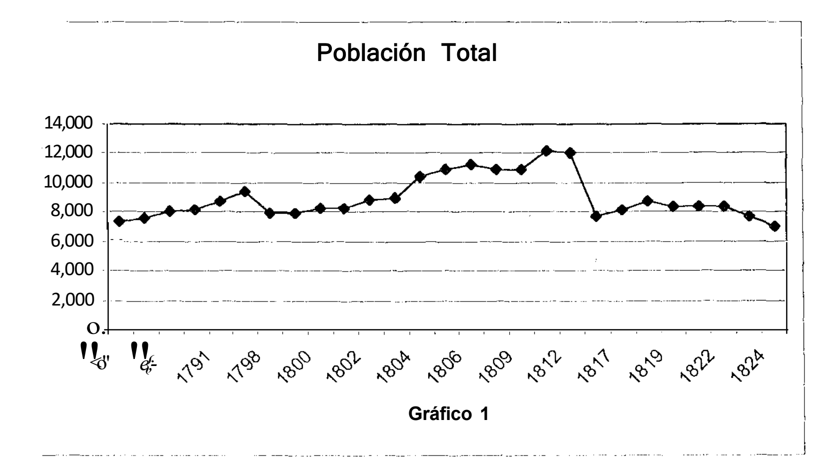


Gráfico 1

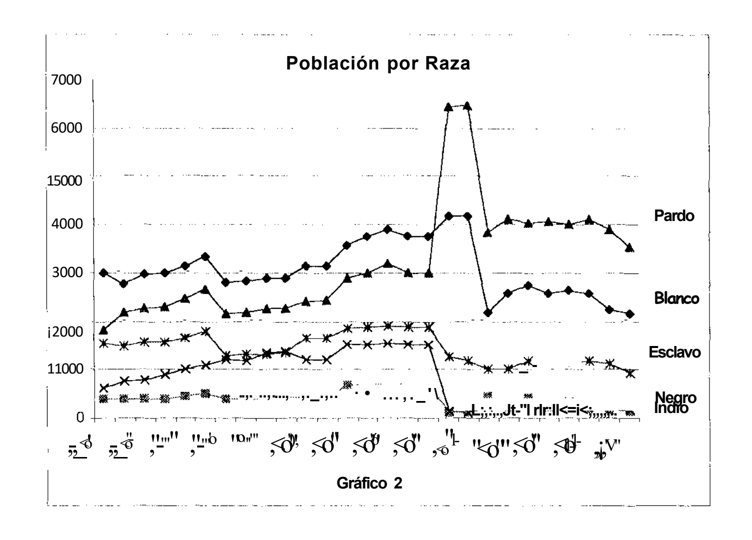


Gráfico 2

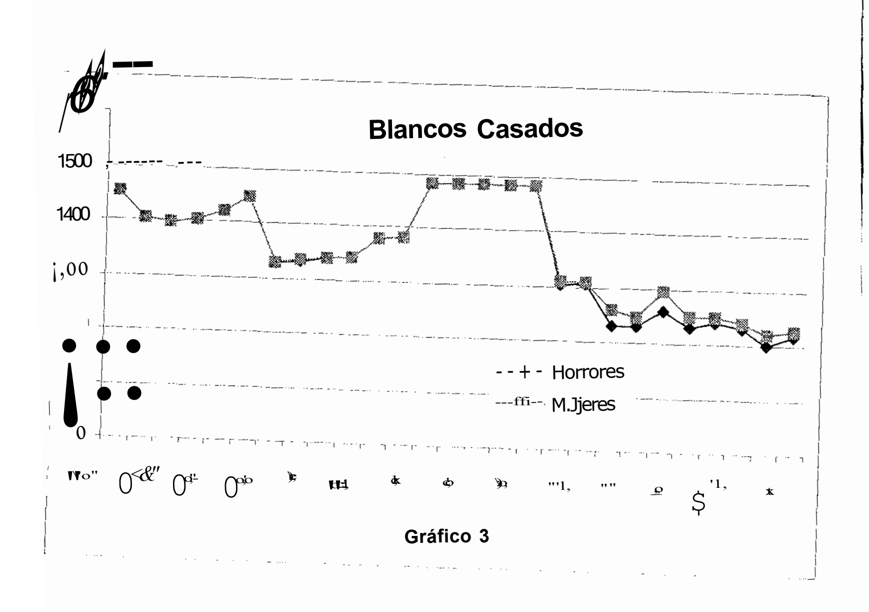


Gráfico 3

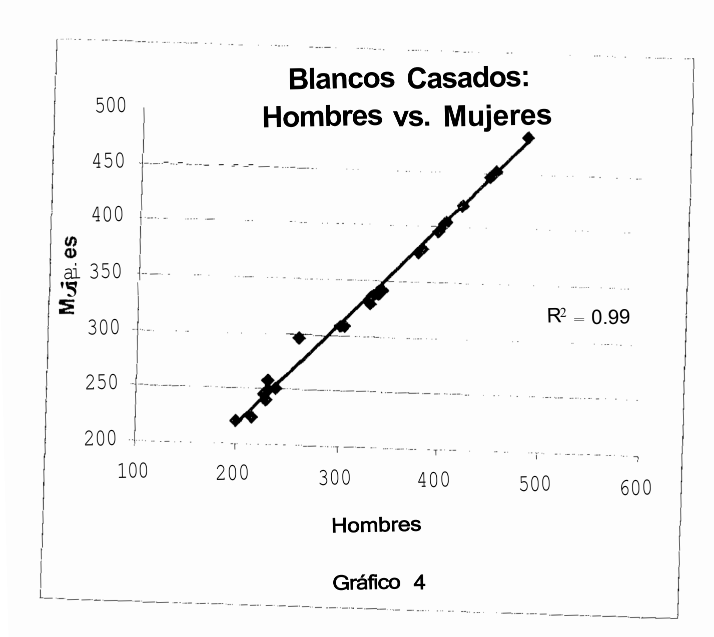


Gráfico 4

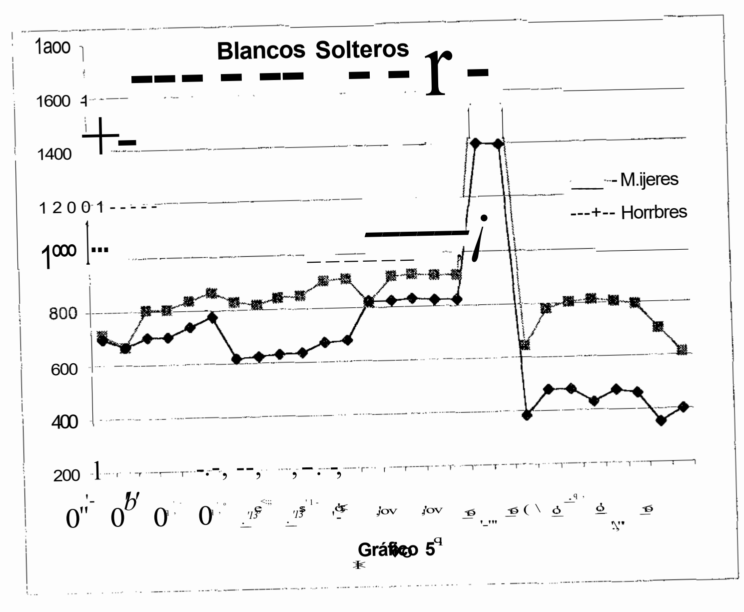


Gráfico 5

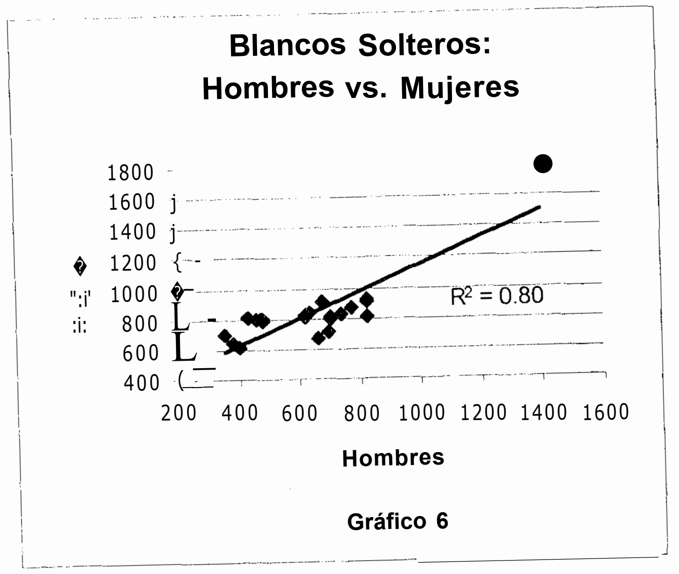


Gráfico 6

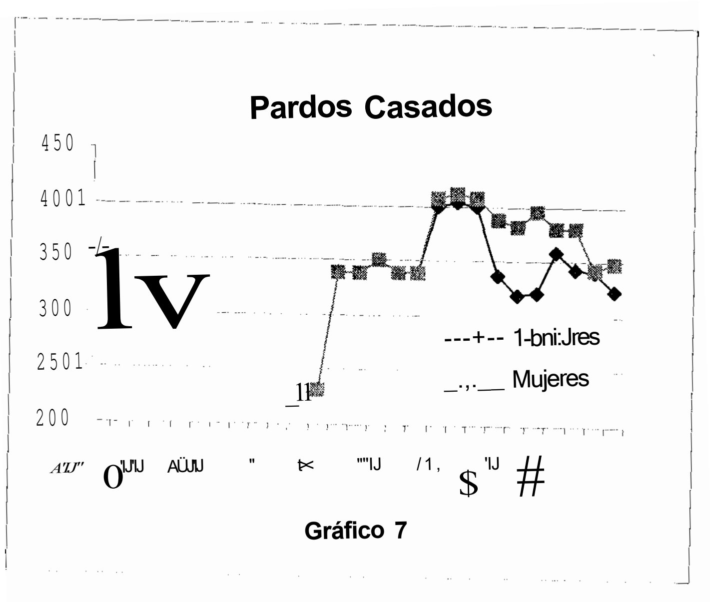


Gráfico 7

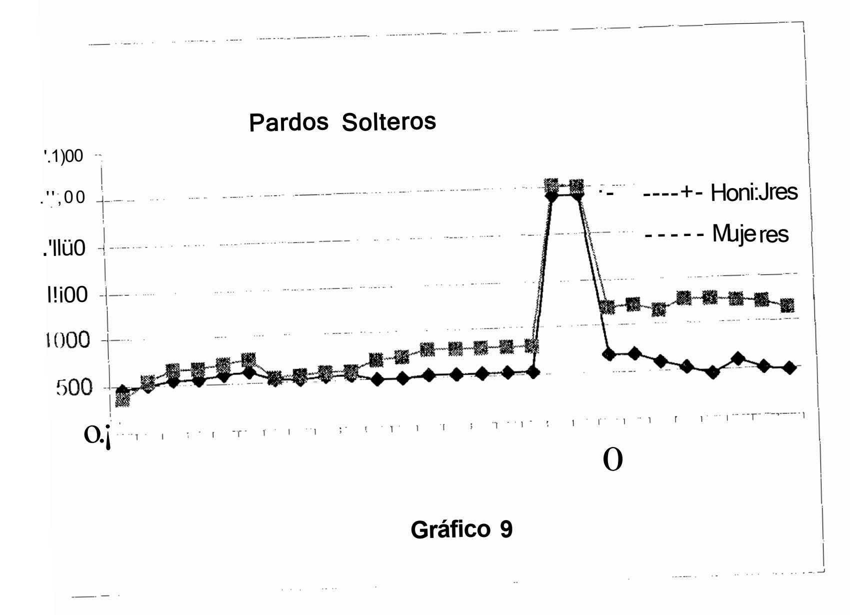


Gráfico 9

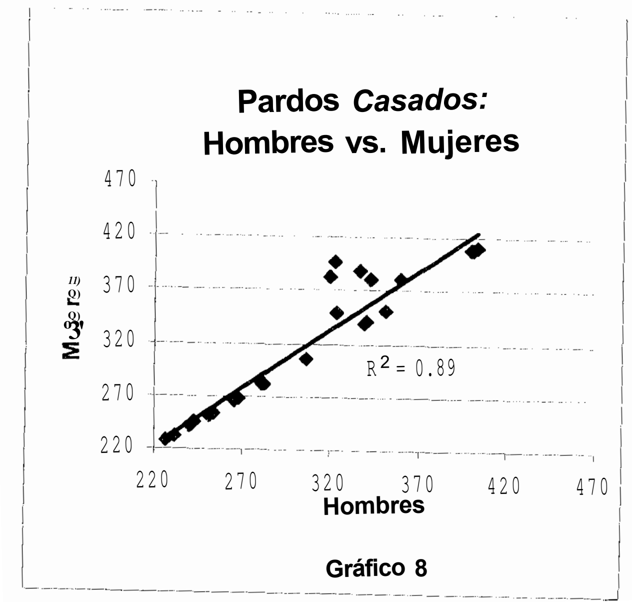


Gráfico 8

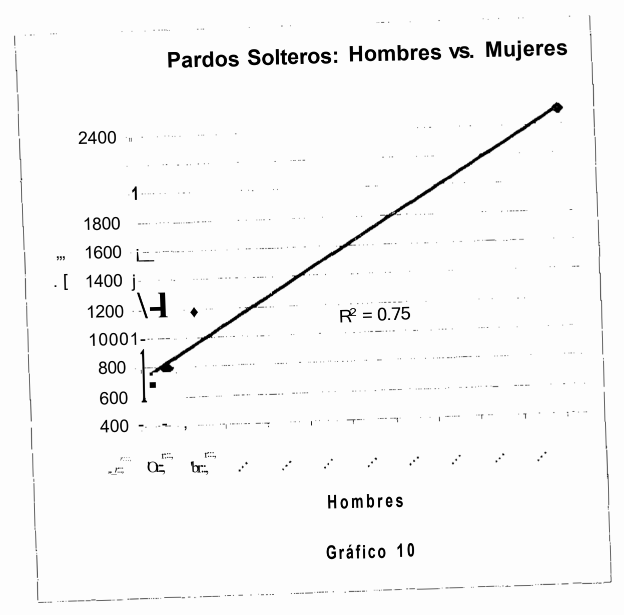


Gráfico 10

APÉNDICE

Datos Censales del Obispado de Caracas
para San Carlos

El conjunto completo de datos se puede consultar en línea en Parroquias del Obispado de Caracas, 1771-1838

SAN CARLOS **1781**

Sacerdotes: 13

Blancos

1-lombrcs c1sad<1s	Mujeres ct-;adas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niño!)	Niñas
452	4'i2	694	713	358	319

Indios

I lornbres casados	Mujeres casadas	I lombres Soltcro.s	Mujeres S(1ltcras	Niños	Niñas
'i3	53	108	8'i	4Ci	43

Pardos

l!ombres casados	Mujeres c1sadas	Hombres Sc1ltcros	Mujeres Solter,Ls	Niño!)	Niñas
282	282	4(,')	3'í8	2 \()	228

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
40	40	134	175	1 ()')	114

Esclavos

Hombres ca ados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
25	2'i	.'i28	569	198	184

SAN CARLOS 1786

Sacerdotes: 11

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solreros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
404	104	6<i4	666	j 1 6	311

Indios

Hornbrcs casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Nifíos	Niñas
51	51	')()	11''1	46	42

Pardos

Hombres ca.'iados	Mujeres c1sadas	Hombres Solteros	Mujeres Sol ceras	Nifíos	Niñas
282	282	/¡')')	540	270	,15

Negros

Ho111bres casados	Mujeres c1sadas	Ho111bres Sol re ros	Mujeres Solteras	Niííos	Nillas
58	58	16'i	*252*	126	1 1')

Esclavos

I-1omhrcs cas 1Jo-"	Mujeres casadas	1 !0111lm·s Solteros	Mujeres Solteras	Niíws	Niña:,
86	86	/493	/i(,I	179	1(,8

SAN CARLOS 1787

Sacerdotes: 12

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	NifH)S	Niñas
3%	3%	701	801	34-l	.'\22

Indios

Hon1brcs cas-,1dos	Mujeres ctsadas	I-lornbres Solteros	Mujeres s()ltcr lS	Nií'1os	Nií\as
50	50	110	111	49	28

Pardos

1lombres casados	Mujeres casad:1s	1 lomhrc'-1 Solteros	Mujeres Solteras	Niílos	Nilías
2(,(,	*2hh*	541	(,61	251	286

Negros

I !0111bres casad()S	Mujerc-s c1sadas	! lombres Solteros	Mujeres Soltcr:t'>	Nifíos	Niñ-as
61	(, 1	17 1t	2 } ,	15(,	] I')

Esclavos

11omhrcs casadl):>	Mujeres c1sada:..	J lrnnhrL'\ Solteros	Mojen.:'.-> SoltLT;ls	Ninos	Niñas
(,5	(,'i	',4/¡	(,()Ir	i17	157

SAN CARLOS 1796

Sacerdotes: 9

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres *Solteros*	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
446	446	776	*8(,4*	397	391

Indios

Hombres casad.os	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
61	61	125	134	70	53

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujere.s Solteras	Niños	Nillas
306	.306	628	750	321	353

Negros

I lombres GLsados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
84	84	206	375	175	169

Esclavos

Hombres casados	Mujeres ctsadas	l lomhrcs Solteros	Mujeres Solteras	Nillo.')	Niñas
87	87	581	667	18')	181

SAN CARLOS 1798

Sacerdotes: 1O

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
329	329	318	827	333	375

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	I-lombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Nillas
48	48	80	120	/¡1	48

Pardos

Hombres casados	Mujeres ca.sallas	l--fon1brcs Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
241	2/¡I	533	WJ	508	281

Negros

Hombres casados	Mujeres casada.')	l-lomhres Solteros	Mujeres Soltl'Lts	Nillos	Niñas
104	1()!r	252	;55	200	178

Esclavos

I lombrcs c1.c,ados	Mujcrc.') casadas	I-lomhrcs Solteros	Mujeres Snlter;1s	Niños	Niñas
30	30	331	5%	171	143

SAN CARLOS 1799

Sacerdotes: 1O

Blancos

I-fombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
332	336	623	817	338	380

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
19	49	78	121	42	50

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
243	245	536	564	310	284

Negros

Hombres casad<>'	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
]06	107	224	358	20J	176

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Nillos	Niñas
.,2	32	333	(,01	174	145

SAN CARLOS 1800

Sacerdotes: O

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
338	338	631	842	347	383

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
51	51	82	125	44	53

Pardos

H01nbres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	MujLre,< Solteras	Niños	Niñas
251	251	552	584	326	300

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Soltero	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
110	110	J42	j7_l	219	193

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Nífws	Niñas
n	32	:n5	GOi	175	150

SAN CARLOS 1801

Sacerdotes: 1

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
341	341	635	844	350	585

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
52	52	84	128	47	54

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
254	254	556	587	329	302

Negros

Hombres casados	Mujeres cas:tdas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Ninos	Niñas
111	111	349	380	222	206

Esclavos

J-Iornbres casados	Mujeres casadas	lfombrcs Soltero	Mujeres Solteras	Nillos	Niüas
31	31	338	610	179	153

SAN CARLOS 1802

Sacerdotes: 12

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
376	376	673	903	419	377

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
48	48	%	106	7G	58

Pardos

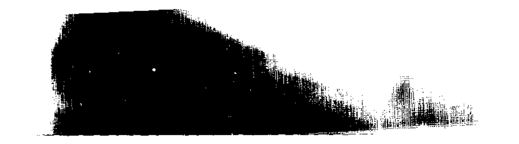
Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niflos	Niñas
227	227	494	717	377	358

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Sol ter.is	Nifios	Ninas
108	108	249	388	J(,')	17G

Esclavos

Hombres casad(JS	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mrrjeres Solteras	Niños	Niñas
48	48	G10	588	176	181



SAN CARLOS 1803

Sacerdotes: 13

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
379	379	677	905	422	38]

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Soltera,,	Niños	Niñas
49	49	98	107	75	60

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Nifias
232	2,32	49')	722	,)88	56J

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Nif1os	Niñas
107	107	252	390	170	179

Esclavos

Hombres casad<is	Mujeres ca.sadas	tlombrcs Solteros	Mujeres Solteos	Niños	Niñas
49	49	612	589	17')	184

SAN CARLOS 1804

Sacerdotes: 12

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hon1bres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
482	482	824	815	497	457

Indios

Hon1brcs casa<los	Mujeres c-lsac.bs	Hombres Soltuos	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
141	141	111	J]7	88	84

Pardos

Hombres casados	Mujeres ClS;HfaS	Hombres Solteros	Mujeres Solter,ts	Nil1os	Niñas
:i_,9	359	528	7')4	if77	421

Negros

1lornbres casados	Mujeres casada.<i	1lornhrcs Solteros	Mujeres Solteras	Nillos	Nifols
217	217	284	592	[')4	197

Esclavos

!-lumbres casados	Mujeres casadas	lfomhres Soltc:ros	Mujeres Solteras	Nif1os	Niüas
85	8'i	714	'i88	152	214

SAN CARLOS 1805

Sacerdotes: 11

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
482	482	824	915	559	504

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
141	141	111	117	97	91

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
339	339	528	794	520	473

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Nif1os	Niñas
217	217	284	392	194	197

Esclavos

[·lornbres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
86	86	734	(,04	158	21 ')

SAN CARLOS 1806

Sacerdotes: 1O

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
483	483	826	918	601	570

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
141	141	111	117	103	98

Pardos

Hombres casa<los	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
,,51	Yíl	'í3I	798	611	594

Negros

I-lomhrcs c:tsados	Mujeres c1sadas	Hombres Sllltcros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
218	218	286	3')3	206	213

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres So!tt:ros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
88	88	ne,	(,08	1(,5	208

SAN CARLOS 1808

Sacerdotes: 13

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
482	482	824	')15	559	504

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
142	110	111	117	98	91

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
339	339	528	794	520	473

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solterm	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
217	217	284	392	194	197

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
86	86	734	604	158	219

SAN CARLOS 1809

Sacerdotes: 1O

Blancos

Hombres casad.os	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
482	482	824	915	559	504

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
141	141	111	117	97	91

Pardos

Hombres casados	Mujeres casad 1s	!-lomhres Solteros	Mujeres Solreras	Niños	Nihas
339	:,59	528	794	520	473

Negros

1lmnhres casados	Mujeres casadas	Hombres Soltero:-.	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
217	217	284	)')2	191¡	197

Esclavos

!lombres casados	MujLn:s casadas	]lumbres Solteros	Mujeres Solteras	Niílos	Niñas
86	86	7H	604	158	219

SAN CARLOS 1811

Sacerdotes: 8

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
301	308	1400	1700	205	257

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
28	26	16	21	12	15

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Nifios	Niíías
400	408	2400	250')	351	:>81

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	1-lombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
21	23	2')	31	11	15

Esclavos

Hombres casado.s	Mujeres Glsada.s	llombres Solteros	Muieres Solt<.:ras	Niños	Nifus
70	70	300	409	200	208

\;\N CARLOS 1812

Sacerdotes: 7

1>bncos

l ltimhres (,lo:;tdos	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
,OS	309	1397	]690	211	259

Indios

1\ombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
20	21	15	17	10	18

Pardos

Hombres casados	Mujeres casaLLis	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
403	/¡11	2405	2500	%0	389

Negros

Hombres casados	Mujeres cas;1das	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	NiJlos	Niñas
15	18	:,0	26	')	15

Esclavos

Hombres cas 1dos	Mujeres c1sada\	llombrcs So\tcros	Mujeres Solteras	NiíH)S	Niñas
59	63	281	:,70	20/¡	205

SAN CARLOS 1816

Sacerdotes: 6

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
231	258	379	64o	359	326

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
46	40	88	91	84	9.3

Pardos

Hombres c:1.sados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niiíos	Niiías
399	408	677	1189	579	586

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
19	20	70	41	32	48

Esclavos

Holllbres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niño	Nifus
28	35	207	587	170	!'!.>

SAN CARLOS 1817

Sacerdotes: 5

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
228	246	478	780	368	464

Indios

Hombres casados	Mujeres casaJas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
18	18	61	89	15	26

Pardos

Hombres casados	Mujeres casachs	\lombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
3:,6	388	689	1207	587	8 %

Negros

!-1<,mbres casados	Mujeres casada,.,	¡ !omhres Solteros	Mujeres Solteras	Nií10s	Niñas
21	27	114	78	27	89

Esclavos

\-{ombres casado:-,	Mujcn:'s ca:-.adas	\-lombrcs Solteros	Mujeres S()\tLf lS	Niíins	Niñas
:l'i	'i'i	227	41',	1 14	164

SAN CARLOS 1818

Sacerdotes: 9

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
260	296	480	802	395	499

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
29	40	65	110	89	101

Pardos

flombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
320	383	598	1149	698	879

Negros

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solrcro.s	Mujeres Solteras	Niños	Niñ:1s
21	3)	49	86	38	96

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casadas	llomhres Solteros	Mujeres Solteras	Niño	Nifias
34	65	289	4:17	17')	18,

SAN CARLOS 1819

Sacerdotes: 8

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
231	248	431	807	383	490

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Ho11brcs Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
10	19	41	96	18	33

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	1-lornbres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
322	3 %	520	1250	630	941

Negros

Hornhres casados	Mujeres casadas	l-lombrcs Solteros	Mujeres Solrl'.ras	Niños	Niñas
16	:ll	41	87	:;e,	100

Esclavos

llombres casados	Mujeres casadas	llombres Solteros	Mujeres Solteras	Niílos	Niñas
-35	70	290	440	186	190

SAN CARLOS 1820

Sacerdotes: 7

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
239	250	470	805	380	485

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
15	16	49	90	17	31

Pardos

Jfornbres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
359	380	456	1252	627	933

Negros

Homl)rcs casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujere., Solteras	Niños	Niñas
i(,	28	79	53	80	92

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casada.\	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
30	41	280	4T1	181	18.1

SAN CARLOS 1822

Sacerdotes: 7

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
2.30	240	460	790	370	477

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
15	16	60	62	16	28

Pardos

Hornbres casados	Mujeres casadas	Ho111h1Ts Solteros	Mujeres Solteras	Niño...,	Niñas
343	380	598	1241¡	613	931

Negros

Hombres casado.;	Mujeres ca:;ada!.;	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
19	28	4(,	82	32	93

Esclavos

ɫlombres c1sadm,	Mujeres casadas	Hombres Soltero,<,	Mujeres Solteras	Nihos	Niñas
29	60	284	440	180	188

SAN CARLOS 1823

Sacerdotes: 7

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
200	221	352	704	323	439

Indios

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
12	12	51	54	15	20

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	I lombrcs Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
540	342	499	1221	586	906

Negros

Hombres cas,1<Jos	Mujeres c1sadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niflos	Niñas
18	27	45	79	*29*	60

Esclavos

Ho111brcs casados	Mujeres casadas	Jfombrcs Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niflas
21	.55	261	431	170	180

SAN CARLOS 1824

Sacerdotes: 7

Blancos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
216	225	401	612	315	400

Indios

Hnn1bres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
JO	12	41	47	14	23

Pardos

Hombres casados	Mujeres casadas	Hombres Solteros	Mujeres Solteras	Niüos	Niñas
323	348	478	1150	501	722

Negros

llombrcs casados	Mujeres casadas	1lomhres Solteros	Mujeres Solteras	Nifios	Niñas
11	14	3'í	5:,	20	37

Esclavos

Hombres casados	Mujeres casadas	Ilo111hres Solteros	Mujeres Solteras	Niños	Niñas
21	37	201	3')5	H2	147

ÍNDICE GENERAL

La Invención de Venezuela en el marco del Sistema Mundial 1750-1850 7
Introducción 7
La esclavitud en las Américas 9
El reto de la globalización 1O
El siglo hispanoamericano de rransición1750-1850 14
La perspectiva americana 17
La empresa Venezuela a finales del siglo XVlll 20
La transnacional imperial española 23
La empresa venezolana 27
La adaptación en la firma local al mercado mundial 29
La identidad Bolívar 34
La realización venezolana 36
Notas 39

Una ciudad en medio de una guerra: Estudio del caso de San Carlos de Austria, 1781-1824 57
Introducción 57
Una ciudad llanera: San Carlos de Austria 58
San Carlos y la Independencia 65
Notas 79
Índices Gráficos 85
Ápendice 93



JOHN LOMBARDI, nacido en los Ángeles, California 1942, historiador norteamericano, Miembro Correspondiente de esta Academia Nacional de la Historia, desde muy temprano se dedicó a los estudios históricos, en la Universidad Autónoma de México (1960), en el Pomona College de Claremont, California (1960-63), en la Universidad de Columbia, New York, donde alcanzó la maestría (1964) y luego el doctorado (1968).

Ocho libros marcan el itinerario de este historiador, hasta ahora de los cuales con éste, cinco de ellos constituyen uno de los más destacados aportes a la historia de Venezuela: **La decadencia y abolición de la esclavitud en Venezuela 1820-1854,** (1971) **People and places in colonial Venezuela** (1976), **Venezuelan history: a comprehensive working bibliography** (1977) en colaboración con Germán Carrera Damas y Roberta E. Adams y **Venezuela, la búsqueda de un orden** (1982). Se ha desempeñado, además, como profesor de la Universidad Central de Venezuela.

Con este nuevo libro, **Venezuela en la época de transición,** que aborda dos temas diferentes, el profesor Lombardi contribuye de manera decisiva a la reflexión histórica sobre nuestro país.

